

Paolo Macry

La sociedad
contemporánea

Una introducción histórica

Editorial Ariel, S.A.

Barcelona

1997

CAPITULO VII

CLASES, PROFESIONES, ESTILOS DE VIDA. ELEMENTOS DE SOCIOLOGÍA HISTÓRICA

1. Definiciones sociológicas entre los siglos XIX y XX

Entre los siglos XIX y XX, abandonados los campesinos a su suerte y puestos los vestidos de la ciudad y la fábrica (aunque lentamente), las sociedades occidentales se ven sometidas a profundas transformaciones. Una larga tradición intelectual, que desde el Siglo de las Luces llega a Tonnies, Durkheim, Simmel y Weber, se encargará de organizar, dentro de una teoría general y de un modelo abstracto, las transformaciones sociales empíricamente observables. Las diferentes claves de lectura propuestas por las escuelas sociológicas son el testimonio, por sí mismas, del *social change*.

Alexis de Tocqueville, en su *De la démocratie en Amérique* (1835-1840), describía los procesos de disgregación que acompañan al nacimiento de una sociedad no tradicional, basada en el progreso económico, dominada por la movilidad social y tendencialmente igualitaria. «Desaparecido el prestigio que se atribuía a las cosas viejas, ya no es el nacimiento, las condiciones sociales o la profesión lo que distingue a los hombres, y en cualquier caso, los distinguen a duras penas; de esta forma solamente está el dinero para crear diferencias evidentes entre ellos»¹ El fin del Antiguo Régimen equivalía, para Tocqueville, a la transformación de una sociedad compacta y jerárquica en una sociedad dinámica, no homogénea, molecular, individualista. La modernización había dispersado los viejos órdenes, pero no parecía que hubieran sido sustituidos por nuevas formas de agregación.

En el fondo de estas opiniones estaba la idea liberal de que, con las «revoluciones burguesas» de los Estados Unidos y de Francia, una vez enterrado el sistema feudal y las jerarquías sociales a las que éste sancionaba por ley, la sociedad permanecería marcada por las diversidades *naturales* existentes entre un individuo y otro, no ya por desigualdades formales y colectivas, establecidas en base al nacimiento.

Las grandes transformaciones del siglo XIX desmentirían sin embargo ciertos optimismos. La igualdad formal no produce *tout court* igualdad esencial. El reconocimiento de los derechos individuales no elimina las fisuras sociales. De este modo, la categoría de «clase» pasa a ser uno de los fundamentos de la interpretación sociológica. Este término ya se usaba durante el siglo XVIII. Malthus había hablado de una «clase de propietarios» y de una «clase de trabajadores».

Es en 1848 cuando Marx y Engels ilustrarán la transición del Antiguo Régimen al capitalismo industrial con estas palabras:

En las *épocas anteriores* de la historia encontramos casi en todas partes una completa articulación de la sociedad en diferentes *órdenes*, una múltiple graduación de las posiciones sociales [...]. *La sociedad burguesa*, surgida del ocaso de la sociedad feudal, no ha eliminado los antagonismos entre clases. Solamente ha sustituido a las antiguas, nuevas clases, nuevas condiciones de opresión, nuevas formas de lucha. Nuestra época, la época de la burguesía, se distingue de las demás por haber *simplificado los antagonismos* de clase. Toda la sociedad se va escindiendo cada vez más en dos campos enemigos, en dos grandes clases directamente contrapuestas la una de la otra: burguesía y proletariado.²

Las clases, en Marx, se definen según sea su posición dentro del sistema productivo; la propiedad de los medios de producción sirve para identificar la burguesía, mientras que la ausencia de propiedades (y la consiguiente necesidad de vender la propia fuerza de trabajo) es lo que caracteriza al proletariado. El sistema sociológico marxista, consciente de la existencia de clases de transición o marginales, es esencial-

mente dicotómico; como es dicotómica la sociedad en su conjunto, desde el momento en que a la separación entre las clases en términos de propiedad sigue una separación en el plano político-cultural: el sistema político se muestra como la expresión de los grupos que controlan el proceso productivo y la cultura dominante es el instrumento a través del que éstos se legitiman.

La referencia sobre la que Marx construye su modelo abstracto es todavía Inglaterra, «terreno clásico» -usando sus palabras- de la forma de producción capitalista.³ Aquí no existen, como en la Europa continental, masas de campesinos propietarios o voluminosas burocracias públicas que compliquen la dialéctica clasista entre capital y trabajo, ni la burguesía tiene que enfrentarse, como en Alemania, con un poder liberal y con su «séquito de curas, maestros de escuela, caballeros de campo y burócratas».⁴

¿Y si Marx hubiera trabajado en la Biblioteca del Congreso de Washington, en lugar de haberlo hecho con los libros del British Museum? La paradoja es de un historiador australiano que ha destacado – como otros - el vínculo inseparable entre la sociología marxista y el caso histórico concreto de Gran Bretaña y de la fase del mercado competitivo.⁵

En realidad, pocas décadas más tarde, en los umbrales del siglo XX, la observación sociológica se enfrenta con realidades empíricas que parecen complicar o desmentir el esquema marxista. Los «revisionistas» de la Segunda Internacional, de Eduard Bernstein a Paul Kampffmeyer y la sociología de Weber, anticipan temas y problemas que después serán propios del debate teórico y de la investigación empírica de las ciencias sociales durante todo nuestro siglo. En 1905, Bernstein escribe:

En la vida social real *el nivel de renta, la posición social y el estilo de vida* relacionado y condicionado por él, pasan a ser la medida más característica de la pertenencia de clase, mientras que la reducción de la renta, del capital o de la propiedad territorial siguen siendo un signo distintivo, pero más por la observación específicamente económica que por la distinción social en general. *En particular* esto ocurre porque el cuerpo social ya no es simple, sino que *cada vez es más complejo*, porque las clases que el capitalismo hace desaparecer son sustituidas por otras más numerosas, porque sobre todo *el ejército de empleados de cualquier tipo aumenta desmesuradamente*, al igual que el de las llamadas *profesiones liberales*. etc.; se trata de estratos y clases en los que la relación con la plusvalía, si bien [...] no desaparece completamente, a menudo se vuelve indirecta.⁶

Rentas, posición social, estilo de vida... Para identificar las clases, sus características objetivas, los comportamientos sociales, Bernstein cree insuficiente limitarse a la categoría de la propiedad de los medios de producción. La dicotomía marxista se convierte en una estratificación. Se articula por profesiones y por modelos de consumo. La sociedad de Bernstein efectivamente ya no es la de Marx: es la Alemania de los empleados y de las clases medias, más que de los obreros y de los capitalistas. Respecto al modelo inglés del que había partido la «construcción abstracta de Marx», el marco empírico se ha complicado. Y Bernstein empíricamente subraya la necesidad de utilizar *juntos*, en el análisis social, una cantidad de variables, ya que por sí solos no son suficientes ni el criterio de la propiedad capitalista, ni la renta, ni el tipo de profesión. Todavía menos pueden ignorarse otras variables: mentalidad, modelos de vida, ideologías. Existen, atestigua Bernstein, asalariados que viven en condiciones pequeño-burguesas y tienen un modo de sentir que corresponde a su Estado, y pequeños burgueses que se sienten plenamente proletarios»⁷ las clases se forman también sobre un terreno de «residuos religiosos y nacionalistas del pasado», advierten la influencia de «usos arraigados», reflejan una «dinámica política» más que una condición económica.⁸

En los mismos años, refiriéndose al mismo contexto, Max Weber sistematizará estas distinciones. Según Weber, las clases determinan grupos afines por la posesión de rentas económicas (*clases propietarias* con tierras, inmuebles urbanos, títulos financieros, dinero) o por la posesión de capacidades concretas -económicas o profesionales- utilizables en el mercado (*clases adquisitivas* de empresarios y profesionales). Además existen grupos que se caracterizan por el hecho de actuar al unísono y que pasan a ser *clases sociales* a través de sus comportamientos colectivos (es el caso de los trabajadores, que se identifican como clase en el momento en que organizan su lucha contra los empresarios de fábricas o los propietarios terratenientes). Pero Weber a las clases agrega los *órdenes*, grupos de individuos que gozan de una determinada consideración social, unas veces basada en el nacimiento y otras en el poder político o en la conducta de vida. Mientras que las clases nacen en el terreno del mercado, los órdenes aparecen ligados a los procesos políticos, jurídicos, patrimoniales, culturales: son agrupaciones que se identifican por el nacimiento, las selecciones matrimoniales, el tipo de educación, la calidad de los consumos.⁹ Constituyen verdaderas «comunidades», con su «honor», su estilo de vida que delimita el círculo, una endogamia que los hace exclusivos.¹⁰

Según Weber, órdenes y clases no son dos momentos sucesivos de la historia de la sociedad. sino que pueden coexistir, sobreponerse, entrar en conflicto. Los órdenes están presentes en todo el proceso histórico occidental. Son los guerreros de la época clásica, los feudatarios del siglo XV, los nobles del Antiguo Régimen, pero también el círculo exclusivo (la *society*) de un determinado barrio de Nueva York del siglo XX. Agrupaciones basadas en las tradiciones y en el sentimiento de distinción, las clases suelen obstaculizar los procesos de modernización. «Los grupos privilegiados en base a la clase nunca han aceptado personalmente y sin reservas al *parvenu* -aunque su conducta de vida estuviera completamente adecuada a la de ellos- sino sólo a sus descendientes, que han sido educados dentro de las convenciones de orden de su estrato social».¹¹ Las tradiciones de orden, en otras palabras, pueden complicar con variables no económicas el total desarrollo del mercado y las transformaciones sociales que éste produce. El sentido del «honor» de las aristocracias europeas del siglo XIX, por ejemplo, se opondrá a la ética del beneficio, a la actividad empresarial, al trabajo manual. «Muy a menudo -destaca Weber- toda actividad adquisitiva racional -especialmente la «actividad empresarial» - es descalificante desde el punto de vista del orden.»¹²

Incluso fuera de la sociología alemana se advierte la exigencia de un análisis no economicista. El hecho de que el estilo de vida sea un elemento crucial social de los modernos sistemas de estratificación social lo destaca, entre otros, el americano Thorstein Veblen (1857-1929), quien medirá el status de los grupos en base a los «consumos vistosos» y a una práctica de las apariencias.

El análisis sociológico de principios de siglo XX acaba articulando también el concepto de poder social y político que existía en el siglo XIX, liberándolo de algunas de sus fuerzas económicas demasiado rígidas. Parece claro que la dislocación de poder no refleja sólo las relaciones de fuerza entre las «clases económicas», sino que sigue en cierto modo la tendencia al policentrismo de las sociedades contemporáneas. El poder se ha despersonalizado: ya no identifica sólo al que posee algunos recursos raros, sino también a los numerosos grupos que *administran* estos recursos.

La sociedad -dirá Ralf Dahrendorf- se compone de los que tienen y los que no tienen derechos de propiedad, pero también de los que tienen y los que no tienen parcelas de *autoridad*. La sociedad «poscapitalista» se presenta como una pirámide de funciones de autoridad, descentradas progresivamente de arriba a abajo. Éste es el principal criterio de determinación de las clases. La referencia histórica, en Dahrendorf, está en las estructuras sociales del siglo XX (la primera edición de *Clase y conflicto de clase en la sociedad industrial* se remonta a 1957): si en el modelo marxista la propiedad y la administración de los bienes de producción coincidían en una sola figura social, ahora los papeles parecen diferenciados y el capitalista se escinde en «accionista» (el propietario) y «dirigente» (el administrador). El poder económico, criterio principal del análisis sociológico marxista, se vuelve anónimo. Propiedad y autoridad ya no coinciden: la autoridad de un manager no deriva de los derechos de propiedad sobre la empresa (de la que, en general, no dispone). El poder político, el control social, la conducción de las actividades productivas, están en las manos de cuadros burocráticos, técnicos privados y públicos, organizaciones sindicales y políticas.

Situada frente a la progresiva ampliación de las competencias estatales (una *tendencia* que, en Europa, comienza en la segunda mitad del siglo XIX), la sociología contemporánea no ignora tampoco que el papel del poder político y los notables recursos que el Estado controla a través de la recaudación de impuestos, constituyen un ulterior potente factor de autoridad, por un lado, y de diferenciación social, por otro. Lo que es válido no sólo en la experiencia de los sistemas políticos totalitarios, como en los fascismos de la primera mitad del siglo XX o en los regímenes leninistas, sino también en las democracias liberales del Occidente atlántico. En este marco parecen estar obsoletos no solamente los esquemas dicotómicos marxistas, sino también los modelos de estratificación social posteriores. Stanislaw Ossowski escribe:

La concepción que habla en el siglo XIX de la clase social, tanto en la interpretación marxista como en la liberal, [...] ha perdido en el mundo de hoy una parte de su actualidad. Allí donde los cambios de la estructura social están dirigidos, en mayor o menor medida, por una decisión de la autoridad política, estamos lejos de las clases sociales de la interpretación de Marx, Ward, Veblen o Weber, de las clases como grupos determinados por las relaciones de producción o bien -como dirán otros- de las relaciones de mercado, de las clases concebidas como grupos que se crean seguidamente a las acciones espontáneas de los individuos [...]. Allí donde el poder político puede cambiar la estructura de clase abierta y eficazmente, allí donde los privilegios decisivos para la posición social [...] se confieren por decisión del poder político, allí donde una notable, o incluso la mayor parte de la población está enmarcada en una estratificación del tipo de las jerarquías burocráticas, el concepto de clase social del siglo XIX se convierte en mayor o menor medida en un anacronismo, y los antagonismos de clase pueden dar paso a otras formas de antagonismos sociales.¹³

Si en el siglo XIX se podía pensar que la desigualdad nacía en el terreno de la *sociedad civil* (relaciones de propiedad, calificaciones profesionales, estilos de vida, etc.), el siglo XX asiste a profundas transformaciones sociales inducidas por los Estados y por el poder político.

2. Los historiadores y el análisis de la sociedad

La historiografía ha dialogado con esta tradición sociológica de manera parcial, discontinua y con retraso. Durante mucho tiempo, como se ha dicho, los historiadores se han concentrado en la dimensión política del pasado, limitándose a incluir en esta dimensión (a menudo implícita e impropia) incluso el plano sociológico. A una gran *politización* (por así decirlo) han sido sometidas las dos clases marxistas de burguesía y proletariado. Los estudios de la época contemporánea han privilegiado (y a menudo continúan privilegiando) la historia política de las élites (partidos, clases de gobierno, etc.) infravalorando el problema de definir en términos sociológicos las clases diligentes, o identificándolas con una genérica categoría de burguesía. La abundante historiografía dedicada a la Italia liberal, por ejemplo, ha analizado la historia parlamentaria a partir de 1860, los distintos grupos que se enfrentan o se mezclan (transformismo) en el parlamento nacional, el perfil ideológico y la práctica de gobierno de la Derecha y la Izquierda, pero ha dejado en la sombra el panorama sociológico, sobrentendiendo que el estudio de la clase política coincidía *tout court* con el de la burguesía italiana. Los estudios sobre la clase obrera, por su parte, se han resuelto frecuentemente en indagaciones sobre el «movimiento obrero», o bien sobre las vicisitudes de los partidos políticos y los sindicatos nacidos (la mayoría) en ámbitos socialista y comunista. La historia de las clases trabajadoras, a menudo escrita por historiadores procedentes de las filas de estas organizaciones, ha acabado por «identificar la «clase obrera» con el «movimiento obrero», o incluso con una organización, un partido o una ideología particular».¹⁴ Las obras de historia del socialismo y del sindicalismo (de G. D. H. Cole y de F. Mehring, de P. Spriano y de H. Pelling) no se han visto correspondidas por otros tantos análisis sociológicos de la *working class*.

En la segunda posguerra, sin embargo, no falta quien se interese por el análisis de los sistemas sociales y por las temáticas promovidas por la sociología contemporánea. Se trata, sobre todo, de los historiadores económicos y de los estudiosos de «historia urbana».

Las numerosas investigaciones dedicadas a la revolución industrial inglesa (de las que se ha hablado en el capítulo anterior), nos llevan obviamente a considerar los grupos sociales implicados en el proceso del crecimiento económico. Es por este camino que el análisis empírico de las clases sociales entra con pleno derecho en los libros de historia. Estudiando el nacimiento de la moderna tejeduría de algodón y de las primeras fábricas de Manchester, los historiadores topan con una *middle class* empresarial hecha de industriales, comerciantes, arrendatarios, que para numerosos historiadores pasa a ser una especie de tipo ideal de la burguesía del siglo XIX en su conjunto. Al mismo tiempo, los estudiosos ponen bajo observación las clases trabajadoras de la Inglaterra del siglo XIX y su experiencia específica en las décadas cruciales de la industrialización. Uno de los debates más candentes de la historiografía anglosajona de los años sesenta, tiene que ver con el crecimiento o la disminución del estilo de vida de las clases trabajadoras británicas durante la primera fase de la industrialización. El interés de los historiadores económicos hacia temas de este tipo pone a disposición numerosos instrumentos empíricos de gran utilidad. Los estudios sobre la revolución industrial empezarán a esclarecer la extracción social, la consistencia numérica y la suerte de los empresarios que han hecho de Gran Bretaña el «taller del mundo». Los análisis sobre el destino de la clase obrera se apoyan en una serie de precios y salarios, en datos cuantitativos de consumo, de los sectores trabajadores, de la desocupación, etc.

Entre tanto, en los años sesenta y sobre todo en el área anglosajona, surge una rama historiográfica especializada en el estudio de las ciudades que producirá un apreciable montón de estudios empíricos, contribuyendo también a enriquecer el conocimiento histórico de las sociedades contemporáneas occidentales. En los Estados Unidos, la historiografía urbana se desarrolla, a partir de los años veinte, en el terreno virgen de la Chicago School of Urban Sociology de Robert E. Park. En Inglaterra, nace una floreciente *urban history* en Leicester y Glasgow, donde Jim Dyos y Sidney Checkland dan vida respectivamente a las revistas *Urban History Yearbook* y *Urban Studies*, reuniendo a historiadores, geógrafos, urbanistas, sociólogos.

Los estudios de historia urbana reconstituyen las características de un fenómeno que, al menos en el plano demográfico, estalla en el siglo XIX, cuando la ciudad parece haberse convertido en el corazón mismo de los procesos de modernización. El crecimiento urbano se encuentra entre los procesos más llamativos de los siglos XIX y XX. Londres pasa del medio millón de habitantes de 1700 al millón de 1800 y a los cinco de 1885. A finales del siglo XIX, más de la mitad de la población inglesa, alemana, francesa y suiza vive en centros urbanos. En 1975 se trata ya de la gran mayoría (tabla 2). La relación que vincula el

crecimiento urbano y las transformaciones sociales de los siglos XIX-XX se va subrayando repetidamente. «Las grandes ciudades son la cuna del movimiento obrero», escribe Engels.¹⁵ «Quien dice burguesía entiende sobre todo un ambiente urbano», destacó hace años Adeline Daumard.¹⁶

Algunos historiadores, sin embargo, han subrayado que el fenómeno del urbanismo en época contemporánea comprende un conjunto articulado de fenómenos y no es fácil situarlo dentro de una teoría general o de una tipología unitaria. En este sentido, identificar la ciudad con la modernización y con la industrialización puede ser reductivo: es un hecho que los asentamientos industriales de media Europa suelen situarse fuera de las grandes concentraciones demográficas. Los historiadores han estudiado ciudades astesanas como París en 1848, ciudades de grandes industrias como Dusseldorf o Essen. ciudades intelectuales, ciudades portuarias, ciudades situadas a lo largo de los ejes viarios, ciudades dormitorio (para los campesinos del campo circundante), ciudades capitales y excapitales. En 1963, en un pionero estudio dedicado a la sociedad urbana británica (*Victorian Cities*), Asa Briggs pasaba lista de una rica tipología que va de la *moderna*, industrial y conflictiva Liverpool a la gran Londres, metrópolis de comercios y almacenes, de la Sheffield de los pequeños talleres y de la vida de pueblo a Birmingham, un centro con características sociales bastante homogéneas y con pocas tensiones clasistas.» Las ciudades de Briggs son «profundamente distintas en cuanto a vida económica, estructura social y política»¹⁸

Tabla 2. Tasas de urbanización (%de la población urbana sobre la total)

	1800	1850	1910	1970
Inglaterra y Gales	23	50	75	78
Francia	13	20	39	68
Bélgica	18	34	57	71
Alemania	10	16	49	68
Italia	31	42	62	66
Rusia	6	8	20	54

Fuente. P. Bairoch, "Population urabaine et taille des villes en Europe de 1600ª 1970", *Revue d'Histoire Economique et sociale* 54 (1976), n3, p. 312.

Por lo demás, una sociedad urbana y una *cultura de la ciudad* existen en Europa mucho antes del siglo XIX y de la industrialización y se conectan más bien con el desarrollo de los mercados, intercambios comerciales, difusión de economías monetarias, crecimiento y organización burocrática de los Estados nacionales, en resumen, con los procesos de largo período que ocupan buena parte de la época moderna. Es en el Antiguo Régimen cuando la ciudad se muestra plenamente diferenciada respecto al mundo rural, conquistando privilegios jurídicos, monopolios económicos, márgenes de soberanía que se niegan a los habitantes del *condado*. La forma ciudad, en definitiva, es «una aglomeración privilegiada del territorio *preindustrial*».¹⁹ La época contemporánea asistirá a la progresiva integración entre ciudad y campo, con el reconocimiento para todos de los mismos derechos (todos son *ciudadanos*) y con la intensificación de hombres y mercancías, con la tendencia actual a establecer en el campo actividades tecnológicamente avanzadas (el Silicon Valley californiano, el condado inglés de Cambridge) o complejos residenciales para los que quieren evadirse de las concentraciones urbanas. La *ciudad industrial del siglo XIX* es un fenómeno, al menos en parte, amplificado por la percepción (con frecuencia por la dramatización) de los contemporáneos.

Sea como sea, este tipo de estudios contribuye a familiarizarse con problemas y temas de tipo sociológico. Numerosas investigaciones ilustran la estratificación social y ocupacional de las ciudades del siglo XIX, el número de oficios artesanos y de los almacenes de los detallistas, cuantifican las clases medias de la burocracia pública y privada, de los profesionales, miden el fenómeno de la proletarianización, el crecimiento de las distintas condiciones sociales, etc.

Pero también esta relativamente nueva historiografía de argumento sociológico no dejará de suscitar discusiones (en particular sobre criterios para definir una estratificación social y los grupos que la componen), reflejando asimismo aquella fractura entre historiadores de corte económico y estructural e historiadores de tendencia política y cultural. a quienes, explícita o implícitamente, se ha hecho referencia con más frecuencia en los capítulos anteriores. Se ha destacado, por ejemplo, que en relación con el principal corte político-ideológico de la historiografía, los análisis de la sociología histórica suelen estar orientados -y, según algunos, desequilibrados- hacia una concepción, por así decirlo, *objetivista* de la sociedad. Clases, órdenes y grupos sociales se reconstruyen sobre la base de criterios objetivos de pertenencia: el puesto

ocupado en el proceso productivo (capital o trabajo), el tipo de renta, la cantidad de riquezas poseídas, la actividad laboral, el grado de educación. etc. Se muestran desde esta óptica como fenómenos objetivos, empíricamente observables, en general caracterizados por una base económica (y, por tanto, determinados por el plano económico). Se pueden reconstruir y cuantificar a través del uso de series de datos como los censos de población, las estadísticas industriales, la función de los impuestos, los listados de pertenencia a órdenes profesionales, etc. Desde 1955, Ernest Labrousse ha invitado a los historiadores a recurrir a la investigación empírica, sin entretenerse en cuestiones de teoría social. ¿Definir a la burguesía? -dice-. No estaría de acuerdo. Más bien vayamos a distinguir en el sitio, en sus lugares de existencia, en las ciudades, esta especie urbana, y pongámosla bajo observación. Primero la encuesta. Primero la observación. Sólo después nos plantearemos el problema de definir.²⁰ En base a sus indicaciones, un grupo de estudiosos dirigido por Adeline Daumard reconstruirá la pirámide de los patrimonios de Francia en el siglo XIX, distinguiendo una estratificación social basada en la cantidad y cualidad de la riqueza de las familias.²¹

¿Pero hasta qué punto estos indicadores (profesión, patrimonio, renta) son suficientes para marcar un sistema de estratificación social y de su sistema de valores? Aunque tengan el valor de dar concreción a los análisis histórico-sociales, también corren el riesgo de permanecer en un nivel descriptivo que no va más allá de las apariencias. Las sociedades de los siglos XIX-XX muestran desniveles culturales y políticos, además de sociológicos, y un sistema de relaciones entre la distintas partes que las componen, que no es realista valorar en base a *calibraciones* demasiado simples o demasiado aglomeradas. A principios del siglo XX, Karl Kautsky, dividiendo la población alemana siguiendo el criterio de la posesión o no de capitales, podía calcular que en Alemania «los estratos interesados en el mantenimiento de la propiedad privada de los medios de producción, ya en 1895, constituían poco más de *un cuarto* de toda la población activa»²² Por consiguiente, el sistema capitalista era muy minoritario y parecía tener los días contados. En realidad, ese *proletariado* estaba formado por grupos del todo heterogéneos: trabajadores a domicilio, obreros de fábrica, grupos de empleados. Que todos ellos pudieran ser asimilados por el solo hecho de no tener propiedades era obviamente una ferviente ilusión. La modernización provoca fenómenos estructurales de amalgama (la falta de propiedades, la dependencia de un dador de trabajo) pero, al mismo tiempo, afianza antiguas jerarquías y crea otras nuevas, económicas, políticas, culturales. Lo que en la superficie parece simplificarse, en realidad se abre como un abanico. El fenómeno de la estratificación social -destacan algunos historiadores - es eminentemente subjetivo y, por consiguiente, inseparable de la conciencia que cada uno tiene de pertenecer a un grupo (*conciencia de clase*). «La clase, en todo el sentido de la palabra, existe desde el momento histórico en que las clases empiezan a adquirir conciencia de ellas mismas como tales.» Los grupos sociales se caracterizan por su subjetividad y por su capacidad de realizar elecciones colectivas (sobre todo en el terreno político y organizativo).

Pero tampoco la relación entre clase y conciencia es tan mecánica y lineal como a menudo se cree. En el momento de analizar la verdadera subjetividad de un grupo social, los historiadores topan con muchas variantes ideológicas y culturales que son difíciles de mantener juntas y que no siempre desembocan en un proceso de tipo político. Si el marxismo había señalado en la explotación capitalista el elemento en tomo al cual el proletariado tomaría conciencia de su papel y construiría los instrumentos organizativos (el partido) para llevar a cabo su batalla, la historiografía tiene que registrar muchos otros elementos que contribuyen, concretamente, a formar la identidad de las nuevas clases obreras en la Europa del siglo XIX: más que en el proletariado, los obreros polacos parecen identificarse con un fuerte sentimiento católico, los obreros irlandeses con un tenaz sentido de su pertenencia nacional. Las culturas históricas (religiosas, nacionales, étnicas, etc.) se superponen a la conciencia de clase, la complican, la fragmentan, interfieren en la historia política del proletariado europeo. El patriotismo asestará duros golpes a la utopía clasista. «La conciencia de clase, si no puede eliminarse, ciertamente no excluye los sentimientos nacionales ni tampoco los domina por costumbre»²⁴, ha escrito recientemente un historiador marxista.

Tanto más complejo se hace el tema, cuanto más se quiere analizar en términos de conciencia el conjunto de los grupos que desempeñan actividades no manuales, las élites capitalistas, los empleados públicos y privados, los sectores profesionales. Distintamente de lo que sucede en las clases trabajadoras, no existen, en la experiencia europea de los siglos XIX y XX, partidos políticos y organizaciones sindicales que pretendan representar tout court la clase burguesa. Y por tanto los historiadores tienen que rendirse a la evidencia: la burguesía se muestra como un fenómeno volátil, escurridizo, mal definido. Si los obreros pueden unificarse por una condición común (la vida de fábrica) y por una conciencia colectiva (la conciencia de la explotación económica). ¿qué es lo que permite catalogar en una única clase a los patronos de las herrerías y a los cuellos blancos de la Alemania de Weimar, a los aparceros toscanos ya los abogados napolitanos de la Italia de Cavour, a los comerciantes de Nueva York y a los plantadores esclavistas de los Estados Unidos de mediados del siglo XIX?

Sea cual sea la clave de lectura utilizada, las clases sociales corren el peligro de conducir a una interpretación demasiado estática de los verdaderos procesos que representan los sistemas contemporáneos. Aun situándose dentro de la historiografía marxista, Edward P. Thompson destaca que tanto la cate-

goría objetiva y sociológica de clase, como la categoría subjetiva y política de conciencia de clase, son insatisfactorias porque son esencialmente irreales. Lo que, en el plano lógico, hay antes de una y otra, es de hecho un tercer fenómeno: la lucha de clase. E. P. Thompson escribe:

Se ha dado una atención excesiva al concepto de clase y demasiado poca al de lucha de clase. En realidad este último es antecedente, y también más universal. Por ponerlo en palabras llanas: las clases no existen como entidades separadas, no miran a su alrededor, distinguen a una clase enemiga y después comienzan la lucha. Por el contrario, las personas se encuentran en una sociedad estructurada en ciertos modos (entre los cuales, son determinantes pero no únicas, las relaciones de producción), distinguen los momentos de conflicto de intereses, empiezan la lucha en torno a estos elementos de controversia, y en el curso de la lucha se descubren como clase y llegan a reconocer en este descubrimiento la conciencia de clase. La clase y la conciencia de clase son siempre el último estadio – y no el primero – en el verdadero proceso histórico.²⁵

Por tanto, son los comportamientos colectivos los que se ponen en el centro del análisis histórico. porque es aquí donde se puede encontrar la lógica según la cual una sociedad se estructura en grupos y estos grupos se organizan y pasan a ser sujetos políticos. Pero, por este camino. el historiador se aleja de los temas propios de la sociología e invade el campo de los fenómenos culturales y psicológicos. Hablaremos de ello en el capítulo siguiente.

3. Clases trabajadoras, clase obrera

3.1. Los ORÍGENES MULTIFORMES DE LAS PRIMERAS GENERACIONES

La de clase obrera es una categoría controvertida y con fuertes implicaciones ideológicas. Algunas características parecen formar un segmento social homogéneo, otras la descomponen. Las variables son muchas y las generalizaciones difíciles, aunque usuales.

Sin duda existen características comunes a la condición obrera, como puede ser el país o el período al que nos referimos. La aparición de la fábrica y el paso de las empresas a una escala superior lleva, como advierten claramente las primeras generaciones obreras, “a la creciente distancia entre dador de trabajo y prestador de obra; a la transparencia del beneficio que es la base de la nueva riqueza y del nuevo poder empresarial, a la pérdida de prestigio y, sobre todo, de autonomía del obrero, a su reducción a una dependencia completa de los instrumentos de producción de otros; a la parcialidad de la ley; al derrumbamiento de la tradicional economía familiar; a la disciplina, a la monotonía, al horario y a las condiciones de trabajo asfixiantes; a la falta de descanso y de distracción; a la degradación del hombre a simple ‘instrumento’”.²⁶

Dentro de la fábrica, como veremos, trabajan peones y obreros especializados, artesanos y niños, ciudadanos y campesinos. Las diferencias son profundas. Pero la fábrica tiende a ser una *comunidad*, el lugar donde se entrelazan los vínculos interpersonales, se comparten experiencias, se crean valores. La fábrica y quien trabaja en ella, sin embargo, no pueden aislarse de su contexto. No son sólo un factor productivo. Ni una comunidad cerrada. Thompson escribe:

El nacimiento de la clase obrera es un hecho de historia política y cultural además de económica. La clase obrera no fue una generación espontánea del sistema de fábrica; ni la «revolución industrial» actuó como fuerza ajena en un genérico y no diferenciado material humano, transformándolo, al final del proceso, en un «nuevo tipo de hombre». No, las relaciones productivas y las condiciones de trabajo típicas de la revolución industrial fueron impuestas no a una materia bruta, sino a los «ingleses nacidos libres» crecidos en la escuela de Tom Paine o forjados por el metodismo. El obrero de fábrica, o el calcetero, también era heredero de Bunyan, de derechos de aldea no olvidados, de conceptos de igualdad frente a la ley, de tradiciones de oficio; objeto de una firme doctrina religiosa por un lado, fue el creador de nuevas tradiciones políticas por el otro. La clase obrera «se hizo» al menos en la misma medida en que «fue hecha».²⁷

Un primer punto, los orígenes. Que las clases obreras surjan contemporáneamente a una fuerte disponibilidad de mano de obra (la crisis de la hacienda campesina determinaría un flujo migratorio del campo a la ciudad y por tanto la formación de un ejército industrial de reserva) es un esquema interpretativo que no hay que tomar al pie de la letra. Las modalidades de un proceso de este tipo varían de período en período, de país en país. En la experiencia inglesa, al menos hasta los años veinte del siglo XIX, la proletarianización agrícola no provoca fenómenos de establecimiento en las ciudades, sino que más bien obliga a campesinos y pequeños propietarios a realizar trabajos asalariados en los mismos campos en los que habían sido independientes. Sólo en las siguientes décadas, cuando el sistema de fábrica ya se ha arraigado, se registrarán considerables desplazamientos hacia la ciudad. En Francia, durante todo el siglo XIX, entre el sector agrícola y el industrial no se producirán grandes migraciones: el desarrollo y la decadencia de los sectores productivos se desarrollan localmente y provocan desplazamientos limitados de mano de obra, nada parecido con el dramático proceso de movilización de un «ejército de reserva»²⁸. En Italia, al menos hasta finales del siglo XIX y a la crisis agraria, sobrevive una estructura industrial «caracterizada por la tenaz resistencia de la pequeña empresa, del Kleinbetrieb de tipo artesanal o familiar. Ahora, quien dice pequeña empresa dice también escasa mecanización y, por tanto, amplio uso de mano de obra genérica. Pero también dice maestranza de formación artesanal, larga supervivencia del oficio, dice en resumen trabajo cualificado.»²⁹ En Italia no existe una relación directa y causal entre despoblación del campo y formación de un moderno proletariado: la fuerza-trabajo entra en cierto modo en un mercado internacional, se dirige hacia salidas migratorias y en definitiva es el campo el que expulsa cuotas de población, no sólo la ciudad la que las atrae³⁰. También en el caso alemán

la idea comúnmente aceptada, de que la industrialización haya comportado la emigración en masa de los campesinos hacia las fábricas, exagera la repentización de la adaptación a los ritmos de trabajo impuestos por el proceso de industrialización. La mayor parte de las migraciones internas se realizaron en distancias cortas, tanto a nivel ocupacional como geográfico. Dos tercios de los emigrantes interiores se dirigieron hacia ocupaciones con las que ya estaban familiarizados. La tendencia a generalizar partiendo de la base de excepciones clamorosas ha acabado por esconder el hecho de que el desplazamiento 'de la granja a la fábrica' representaba un itinerario de emigración bastante atípico.³¹

La relación campo-ciudad no es, por consiguiente, la clave para la comprensión de los orígenes sociales de las nuevas clases obreras, aunque sí está fuera de duda que en Occidente se crea un mercado de trabajo a escala nacional e internacional (y comienza a difundirse más allá de Europa) en el siglo XIX, reestructurando, con el paso del tiempo, las relaciones demográficas entre el campo y la ciudad.

Por otro lado, los obstáculos de un paso progresivo y generalizado de fuerza-trabajo de las viejas a las nuevas actividades productivas son numerosos. Los plazos y los costes de los traslados, durante el siglo XIX, son altísimos. A principios del siglo XIX, «los transportes terrestres llevaban el paso del carretero que caminaba a pie al lado de su montura» y «todavía en 1861, nueve personas sobre diez, en setenta de los noventa departamentos de Francia, pasaban toda la vida en su circunscripción natal.»³². Sólo el tráfico marítimo tenía alguna eficiencia: «Londres, de hecho, estaba más cerca de Plymouth o de Leith que de los pueblos situados en el Breckland de Norfolk»³³. Es comprensible, por tanto, que el traslado a la ciudad se veía obstaculizado por actitudes *tradicionalistas*, reluctancia al cambio de ambiente, desconfianza hacia un trabajo de fábrica que constituye, a los ojos de los campesinos, la ruptura drástica con las costumbres del pasado. «Desde este punto de vista, la emigración al Canadá rural podía llevar a un hombre de campo a un ambiente más familiar del que podría haber tenido si se hubiera establecido en Manchester.»³⁴

Claro está que, entre las filas de la nueva clase obrera no faltan los ex-campesinos. Estos llevan a las fábricas sus propias dificultades de adaptación, una costumbre de ritmos naturales y no mecánicos, la diversidad propia de los habitantes *de otro planeta*. De esto saben algo los empresarios alemanes, que experimentan más que otros el fenómeno de la inmigración rural y tienen que afrontar un difícil problema de control de la mano de obra. De aquí la utilización, en las grandes fábricas de la Alemania guillermina, de lo que se ha llamado el «modelo burocrático»: relaciones de trabajo formalizadas y codificadas, figuras de jefes obreros, supervisores y burócratas aplicados jerárquicamente en ejercitar el control sobre el trabajo, relaciones impersonales dentro de la empresa.

Pero los orígenes sociológicos de la fábrica del siglo XIX son multiformes. Frecuentemente los nuevos obreros proceden del extranjero: irlandeses en Inglaterra, alemanes en EE.UU., eslavos en Alemania, italianos en Francia. También en este caso, las dificultades de culturización, para los inmigrantes, y de control para la patronal, no son pocas. Ni tampoco son insignificantes los problemas que este 'ejército de reserva' crea para los núcleos obreros locales, en general más organizados y mejor pagados: la competen-

cia que representan los emigrantes en el mercado del trabajo será a menudo perjudicial. Un empresario de Manchester dirá a principios del siglo XIX: «Cuando se me plantea una huelga y hago corto de brazos, mando a buscar a diez, quince o veinte familias a Irlanda.»³⁵ A los irlandeses van los trabajos más pesados y «sucios» y los peor pagados.

Habiendo logrado formar una conspicua comunidad extranjera, algunas veces empleada deliberadamente para sustituir a los huelguistas, otras a la cabeza de movimientos de rebelión, los irlandeses a menudo fueron odiados y atacados, pero esencialmente eran aceptados, ya que su trabajo vigoroso e indisciplinado constituía una preciosa componente de la mano de obra y permitió a los trabajadores ingleses subir a una posición superior, ya que de otra forma se hubieran encontrado en las cotas más bajas de la escala social.³⁶

Ajenos a las tradiciones del mundo artesano y obrero inglés, los irlandeses son un mar de brazos a utilizar, pero también una verdadera cultura, un modo de vivir, una sociedad que se distingue en la sociedad de las *working classes* británicas. El periodismo inglés del siglo XIX los describe con avisos apocalípticos y demoníacos, expresando bien el sentido de alejamiento respecto a un grupo étnico que también está contribuyendo al desarrollo económico del país. Un funcionario de la policía de Manchester escribe, en 1839:

Para arrestar un solo irlandés, en los barrios irlandeses de la ciudad, nos vemos obligados a coger de diez a veinte guardias o incluso más. Toda la vecindad baja armada; incluso las mujeres, semidesnudas. Llevan tejas o piedras para que las tiren los hombres. Un individuo resistirá luchando y forcejeando para ganar tiempo hasta que sus amigos lleguen al rescate.³⁷

Análogamente, en Alemania, «la gran reagrupación polaca, que creció en el Rhur de las treinta mil unidades de 1890 a casi las 400.000 de 1913, provocó tensiones particularmente duras, a menudo asociadas con intolerancias étnicas, en las que se advertían las reacciones negativas de la inmigración a la sociedad industrial»³⁸

Campesinos recién urbanizados o minorías étnicas (con un pasado igualmente rural) no contribuyen en absoluto, desde el principio, a que la nueva clase obrera de fábrica sea homogénea y compacta. Al contrario, con frecuencia forman grupos marginados separados del resto de los obreros, y mantienen en el territorio, en la vida social, en las ciudades, esta diversidad. En el Manchester de Engels existe una *Little Ireland* tristemente famosa. En el Londres de Mayhew, a mediados de siglo, los irlandeses viven «en el laberinto de callejones de Rosmary-Lane»³⁹

Pero la nueva clase obrera nace sobre todo *en el interior mismo de la ciudad* y de las áreas que se desarrollan, sin tener necesidad, al menos en las primeras fases, de grandes aportaciones demográficas exteriores. En parte se trata de la activación de mujeres y menores, incluso niños. En parte, de la proletarización de sectores del artesanado tradicional, que son desviados hacia un trabajo asalariado, en las nuevas fábricas o a domicilio, a menudo conservando las tareas y la especialización originarias.

«Los niños se revelaron útiles en las primeras fábricas textiles no sólo como mano de obra barata, sino también porque eran indispensables para recoger los hilos literalmente con los dedos (...). Los hombres proporcionaban la fuerza de los músculos, las mujeres y los niños, sus hábiles dedos. En la industria, no menos que en las actividades criminales, no se puede intercambiar a placer la mano blanda y la mano dura»⁴⁰

En 1894, las mujeres constituyen el 56 % de la fuerza trabajo en el sector algodonero inglés, y el 70 % en el sector de la lana, la seda y el lino.⁴¹ En Alemania, entre los siglos XIX y XX, el porcentaje oscila en torno al 20 % de toda la fuerza-trabajo.⁴² Mientras tanto, oficios artesanos enteros entran en crisis por la progresión de la mecanización y por la nueva calidad de los sistemas distributivos. La caída de la artesanía textil es un caso clásico aunque ciertamente no aislado.

Este tipo de procesos, sin embargo, no son interpretados de modo indiferenciado. El trabajo de las mujeres no es, ciertamente, una novedad de la fase industrial, más bien se inserta en una antigua tradición de campesinas que van a prestar servicio doméstico en las familias acomodadas (por no hablar de los duros trabajos agrícolas).⁴³ Y tampoco es una novedad el trabajo de los menores: en las comunidades rurales, la edad laboral coincide con la biológica y de la «maldición de Adán» no se escapan los niños. Por otro lado, su empleo en las fábricas está heredado directamente «del sistema de la manufactura de base familiar».⁴⁴ La novedad es, en cierto modo, que el nuevo régimen industrial descompone la tradicional

institución de la familia y rompe la unidad entre vida doméstica y vida laboral. Es este aspecto el que impresiona a los contemporáneos. No es casualidad que la polémica del periodismo social de principios del siglo XIX se dirige más hacia la cuestión de la moralidad en la fábrica o de la separación forzada de maridos y esposas, y de padres e hijos, que hacia el tema del beneficio económico.

No se puede generalizar la decadencia de los oficios. Fenómenos estructurales de crisis golpean a algunos sectores del artesanado tradicional y a otros no. Y la mecanización, que estandariza algunas fases laborales, no provoca en absoluto, al menos por un largo período, una disminución en la solicitud de prestaciones especializadas. Los viejos grupos de trabajadores autónomos no siempre son absorbidos por los procesos de desarrollo tecnológico. En Gran Bretaña existen sectores artesanales que, en el curso del siglo XIX, son sustituidos por nuevas formas de producción y distribución. Es el destino de los sastres, de los zapateros, del artesanado de los metales, de los sectores textiles. Pero otros oficios no se ven afectados, ni lo estarán durante mucho tiempo, por la competencia de la economía moderna, o bien se integran en cierto modo en ella y - aunque subalternos a un sistema de mercado que en buena parte les evita - mantienen un status autónomo. Es el caso de los carpinteros y los tipógrafos. Mejor dicho, si no existe una competencia directa, los sectores artesanos pueden aprovecharse de la ampliación del mercado y del desarrollo de la demanda: también para ellos, el crecimiento económico capitalista puede ser un buen negocio.

La fábrica llega por tanto a los depósitos de la pobreza rural y a las áreas de emigración, reconvierte mujeres y niños al trabajo de fábrica, obliga a la disciplina y al salario a grupos enteros de ex artesanos. Es suficiente para hacerse una idea de la escasa homogeneidad de la nueva clase obrera.

Además, la clase obrera está rodeada de sectores proletarios o semiproletarios, pero no de fábrica. El trabajo a domicilio recibe con frecuencia un impulso por los procesos del crecimiento económico. La pequeña empresa autónoma y el taller artesano no se disuelven *toutcourt* con la industrialización: no en Inglaterra y mucho menos en Francia, Alemania o Italia.

El desarrollo de la fábrica y de una clase obrera de fábrica será durante mucho tiempo desde el punto de vista cuantitativo un factor profundamente minoritario. En la misma Gran Bretaña, aún en 1831, sobre doce millones y medio de trabajadores. los obreros de fábrica no superan el medio millón. En esa época, en el «taller del mundo», se pueden contar más zapateros y sastres que mineros. En 1851 hay más de 110.000 herreros y ni siquiera 80.000 obreros siderúrgicos. Quitando los «pocos» obreros modernos, los demás son trabajadores agrícolas, servidores domésticos, trabajadores a domicilio, albañiles, artesanos, peones de la ocupación precaria, modistas y costureras. Todo un universo de oficios quizás desordenados por el nuevo sistema de mercado, dependientes de mercantes o empresarios capitalistas, directamente vinculados al modo de producción mecanizado: aunque siempre sectores y oficios que no conocen la realidad económica, social y política de la fábrica, y su capacidad de amalgama.

3.2. OFICIOS, CALIFICACIONES, ESTILOS DE VIDA

Y, por otra parte, ¿hasta qué punto la clase obrera de fábrica puede considerarse un sector homogéneo? La clase obrera de los países industrializados presenta, desde sus orígenes, y en parte mantiene, una cantidad de articulaciones o de verdaderas fisuras internas. Son, por ejemplo, las dimensiones de la empresa las que determinan de manera clara la condición obrera. Aun en el interior de un mismo país, un factor de este tipo juega un papel de naturaleza general, tanto económico como político y social. Los núcleos obreros de la industria algodonera urbana de Lancashire tienen salarios, condiciones de trabajo, niveles de sindicalización, ideas políticas que son de naturaleza completamente distinta respecto a los obreros de Birmingham o Londres, donde no existen todavía, a principios del siglo XIX, fábricas de dimensiones apreciables: Manchester es el corazón de un sindicalismo precoz y de una conflictividad de clase que responde bien al modelo dicotómico marxista; Birmingham, con sus pequeñas unidades productivas, vive una relación mucho más estrecha, inmediata y *tradicional* entre patronos y obreros, allí sobreviven realidades artesanas aunque trasladadas a la fábrica, códigos de comportamiento antiguos, identificaciones sociales sobre la base de los oficios y no sobre la base clasista. La estructura más o menos concentrada de las empresas en los diversos países y en las distintas fase del crecimiento económico, constituye un índice importante para definir la calidad de las clases obreras.

Aún más claramente, las clases obreras modernas se dividen, en su interior, según los sectores en los que trabajan, el grado de especialización que poseen, las rentas y la continuidad ocupacional. Diferencias, éstas, que nacen en la fábrica y en el mercado de trabajo y se reflejan después más notablemente a nivel social, como calidad de vida, tipo de consumos, mayor o menor escolarización, dimensiones y funciones de los núcleos familiares, tendencias políticas y sindicales, ideologías.

Entre especializados y no especializados, «artesanos» y *labourers*, «primeras manos» y peones, la división es clara al menos hasta los primeros años del siglo XX. El crecimiento económico no estandariza la calidad del trabajo de manera indiscriminada y rápida. La industrialización, además de mantener con vida numerosos oficios tradicionales, crea sectores donde se requiere un grado importante de especialización, sobre todo en la fase de mediados y finales del siglo XIX. El desarrollo de actividades siderúrgico-mecánicas, el nacimiento de la química, la aparición de una industria eléctrica, son etapas a las que corresponde un aumento decidido de los sectores obreros cualificados y, paralelamente, un menor peso del sector textil (caracterizado por niveles más bajos de calificación). El refuerzo de los estratos medio-altos de la clase obrera se muestra con toda evidencia en el caso alemán (tabla 3). La fisura entre obreros simples y cualificados retoma por otro lado una articulación típica de las clases trabajadoras prefabricadas. En el universo de los oficios artesanos existían claras diferencias entre maestros y jefes de taller y, por otra parte, entre aprendices y trabajadores sin calificación. Asimismo existían claras jerarquías, codificadas por los estatutos de las corporaciones, entre los distintos oficios.

Tomemos el caso inglés. En la Inglaterra preindustrial, un país relativamente rico, con una estructura social menos jerárquica y rígida que la de los países continentales, existe un mundo de oficios y pequeños productores que conservará durante mucho tiempo -incluso después del desarrollo de la fábrica- su compactación social y cultural. Lo que caracteriza el ejemplo inglés es el orgullo del oficio, el énfasis puesto en la manualidad del trabajo y en la habilidad profesional, la conciencia de una clara superioridad social respecto al obrero no cualificado. Existen verdaderas subculturas profesionales, que distinguen un oficio de otro y que, al mismo tiempo, están unificadas por una ideología de respetabilidad, de independencia, de temor de Dios. El taller artesano no es solamente un lugar de trabajo: allí se cocina y se come, se bebe y se cultivan flores. En los alrededores, el territorio es homogéneo: los artesanos ocupan barrios específicos, cada oficio suele agruparse en determinadas calles.

TABLA 3. Distribución de la fuerza-trabajo industrial en Alemania (en porcentajes)

	1846	1913	1939
Textil y confección	47	19	17
Maderero	11	6	5
Siderúrgico-mecánico	12	33	37
Química, gas, agua	-	3	6

Fuente: J.J Lee, «La fuerza-lavoro e l'industrializzazione tedesca», en *Storia economica Cambridge*, Turín, Einaudi, 1974-1980, vol. VII/1. p.590.

Desde los talleres artesanos, estos grupos pasan a menudo directamente a la fábrica. Otros sobreviven, autónomos, al desarrollo de las máquinas. Es cierto que su cultura no muere durante todo el siglo XIX, aunque las viejas identidades de tipo ocupacional son progresivamente menores y decae, en parte, la ideología del oficio, envanecida por la nueva realidad niveladora de la fábrica. Pero no decae, sino que más bien se consolida, la distinción general, interocupacional entre los «respetables» y los «otros». Es una fisura que la fábrica no elimina, sino que por el contrario, acentúa. Pasa del terreno del trabajo verdadero al social y cultural. La diferencia entre especializados y *labourers* sobrevive a nivel de las rentas, en la mayor o menor continuidad de la ocupación, en las perspectivas de seguridad social, en el tipo de trabajo y en la relación con la patronal, en el modelo de vida social y en las relaciones con los otros grupos, en las posibilidades de movilidad social.

La distancia social que separa los sectores obreros altos del resto de las clases trabajadoras son a menudo superiores a las que los separan de la pequeña burguesía. El estrato mejor pagado de la clase trabajadora -destaca Hobsbawm- se confundía con lo que se puede definir como «clase media inferior» y por otra parte, «la aristocracia obrera poseía un status social superior al de muchos cuellos blancos»⁴⁵. Hablando de la clase obrera, un artesano mecánico escribe, en 1873:

Hay una sección educada e inteligente y otra ignorante e inculta; una sección política [...]. y una sección no-política; una sección sindical y una no organizada; una sección sobria, constante y ahorradora y una borrachina, inconstante y pródiga [...]. Entre el artesano y el trabajador no

especializado hay un abismo [...]. La opinión del artesano respecto a los trabajadores es ésta, que son una clase inferior, que hay que forzarlos para que lo reconozcan y que hay que mantenerlos en su sitio.⁴⁶

Las tendencias matrimoniales reafirman claramente estas fisuras (Tabla 4). Salta a la vista la abundancia de matrimonios entre familias «artesanas» y, por el contrario, la dificultad de amalgama entre sectores cualificados y no cualificados. Además son más habituales los intercambios matrimoniales entre sectores de empresarios y de empleados que entre la clase obrera no especializada. La segregación de los *labourers* está bien clara en el caso de los albañiles, que más de un 80 % se casan en contextos homogéneos o en el ambiente rural; la condición de la *aristocracia obrera* resalta entre los tipógrafos, que en más de la mitad permanecen celosamente encerrados en su propio ámbito, pero que no es raro que tengan contactos matrimoniales con empleados, empresarios, comerciantes, profesionales y, por el contrario, vínculos frágiles y esporádicos con los *labourers* y el ambiente rural.

TABLA 4. Matrimonios de obreros en Edimburgo, 1865 – 1969 (en porcentajes)

Profesión del esposo	Profesión del padre de la esposa				
	Burguesía	Empleados	Manuales especial.	Manuales no especial.	Rurales
Tipógrafos	17	4	55	7	7
Carpinteros	16	7	37	9	18
Pintores	14	8	38	21	8
Mecánicos	11	4	48	13	16
Albañiles	3	2	13	52	19

FUENTE: R. Q. Gray, *The Labour Aristocracy in Victorian Edinburgh*, Oxford, Oxford University Press, 1976, p. 112

Las fisuras dentro de las clases obreras, al menos durante todo el siglo XIX, son al fin y al cabo de un tipo que afecta igualmente fábrica y territorio, trabajo y vida social. Los obreros «respetables» de Edimburgo en época victoriana rechazan la vida de calle y la socialidad promiscua de los trabajadores pobres, tienen el culto de la casa y defienden una severa ideología de la *privacy*. La familia -escriben en sus diarios- es «el pequeño reino de la paz y del orden social del que dependen los más grandes reinos del mundo». No beben ni se emborrachan, no gastan sus ahorros en el *pub*, son moderados y parsimoniosos. Más bien se asocian a clubes de distinta naturaleza, siempre exclusivos, como máximo abiertos a los miembros de clase media, empleados, pequeños empresarios, etc. Organizan tardes de recreo, *soirées* donde se cantan canciones populares, se recitan poesías, se desarrollan formas de didáctica. La cultura es importante, es un modo para evitar ser «hombres parciales». La socialidad artesana tiene lugar en presencia de las mujeres: esposas y prometidas están allí, para moralizar cualquier actividad recreativa.

Un tipo de vida como este, ¿es burgués o *proletario*? Es difícil decirlo. Ciertamente, en la cultura de la aristocracia obrera existe siempre una fuerte conexión a la capacidad de trabajo de cada uno y a la manualidad de la ocupación que puede desembocar en el desprecio por los que desarrollan trabajos no manuales. Y permanecen valores de grupo, solidaridad, un espíritu comunitario que sobrevive incluso en medio del culto a la familia y en el necesario rechazo de culturas de calle y de relaciones sociales arriesgadas típicas de los *slums*. Al mismo tiempo, el modelo de vida de la *aristocracia obrera* está cerca del de la *middle class* y no se dice que entre los dos sectores sociales no haya un intercambio recíproco de valores. También en este caso, la verificación empírica sugiere evitar esquematismos: la cultura dominante entra en los estratos altos de la clase obrera, pero aquí es contaminada y modificada, a veces torcida. En contrapartida, los valores del 'mundo artesano' penetran en la sociedad inglesa mucho más allá de aquel mundo.

A nivel económico y ocupacional, los sectores especializados, tanto en Inglaterra como en Alemania o Francia, disfrutaban de una situación relativamente favorable. Y la defienden, con un proceso de organización sindical precoz y eficaz. Es típica la conquista del control de las colocaciones y de la calidad del trabajo (en Inglaterra, es el sistema del *closed shop*). Los «artesanos» también pueden contentarse con un salario inferior al que podrían exigir, en base a las leyes «puras» del mercado: pero pretenden el respeto de las formas tradicionales de trabajo, de un cierto cuidado en los procesos productivos, de una calidad mínima de las materias empleadas y de los productos acabados, de una cierta flexibilidad de los ritmos de produc-

ción. En cambio ofrecen una devoción al trabajo que garantiza al patrón, especialmente en Inglaterra y Francia, niveles de confianza de la mano de obra de los que otros grupos empresariales, los alemanes por ejemplo, disfrutaban sólo en parte, teniendo en sus dependencias un mayor número de ex campesinos que no soportan su actividad y ajenos, obviamente, a la ética profesional artesana.

El signo de la fuerza de estos sectores cualificados y, al mismo tiempo, de su tendente homogeneidad se da por los sucesos políticos: la evolución de los sistemas electorales europeos hacia regímenes de tipo liberal-democrático se desata a través del camino de los "artesanos". A las *aristocracias obreras*, en Inglaterra, en Francia, en Italia, se les abrirá la puerta del sistema electoral y a los grupos políticos que les representan se les propondrá, entre la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, que entren en el área gubernativa.

Tampoco hay que pensar que se trata de sectores cuantitativamente marginales. En la Inglaterra del siglo XIX, los sectores "artesanos" constituyen el 15-20 % de las clases trabajadoras ⁴⁷ y son sobre todo numerosos en los sectores nuevos: el 40 % en la siderurgia, el 50-60 % en los astilleros, el 70-75 % en la mecánica ⁴⁸. Y en la industria mecánica alemana de principios del siglo XX la mano de obra cualificada supera el 50 % del total ⁴⁹.

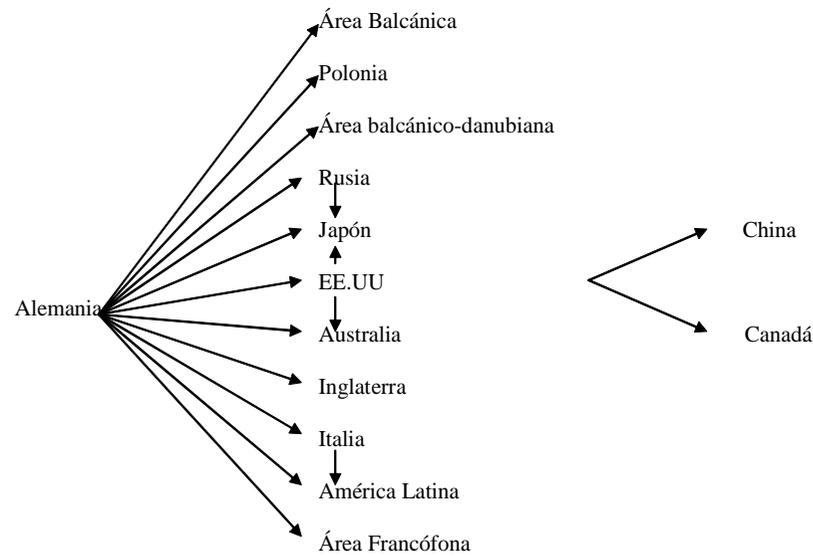
Es un hecho, en resumen, que la clase obrera crece económica y socialmente, cultural y políticamente en un frente en absoluto compacto. Forman parte de él tanto los artesanos edimburgueses, que se reúnen en clubes patrióticos o de scouts, o los obreros londinenses que después de la reforma electoral de 1867 votan *tory*, como los grupos de trabajadores nómadas que se desplazan a lo largo de la frontera norteamericana para construir las líneas del ferrocarril, o los campesinos que son llevados a trabajar en las fábricas de la meseta padana a finales del siglo XIX, o incluso todo el proletariado parisino que expresa endémicamente, en tiempos del Luis Felipe, "la violencia neurótica de la gente mal alimentada y demasiado inclinada a la bebida." ⁵⁰

Sin embargo, la exigencia de diferenciar empíricamente la categoría de clase obrera no puede hacer olvidar que existen conceptos unificadores tanto dentro del mercado de trabajo de los siglos XIX-XX como dentro de las fábricas. Es tendencialmente general la experiencia obrera de un ciclo económico de efectos devastadores (desocupación coyuntural), de un proceso salarial expuesto a caídas peligrosas (recuperables solamente a través de presiones organizadas sobre la patronal), de una presencia más o menos relevante de "trabajadores de reserva" que debilitan la posición contractual de los obreros ocupados.

No se puede ignorar el papel desempeñado, en la dinámica social y política de la época contemporánea, por las organizaciones obreras y las ideologías socialistas. Los primeros partidos de masa que nacen en Occidente son socialistas y obreros, mezclando profundamente los papeles del sistema político liberal. De las organizaciones socialistas de los años ochenta y noventa del siglo XIX, a las organizaciones comunistas de los años veinte del siglo XX, el papel desempeñado por la *clase por sí* contribuye a explicar fenómenos fundamentales como la afirmación de una democracia política todavía prevaleciente en el occidente atlántico, la adecuación de las "leyes libres" de la economía de principios del siglo XIX a una contratación con las estructuras políticas y sindicales obreras, la formación de verdaderas subculturas donde es fuerte la influencia de doctrinas de tipo socialista. Y luego, obviamente, todo un suceso de conflictividad social organizada que llegará a las huelgas del Ruhr de 1912 (medio millón de mineros de brazos cruzados), a la huelga general inglesa de 1926, a las huelgas políticas en Italia en 1943.

Seguir la difusión del marxismo permite construir un mapa a escala mundial de esta difícil, pero a menudo eficaz, recomposición de las fisuras que herencias históricas, variaciones ambientales y leyes económicas, abren en el cuerpo de las clases trabajadoras de forma casi fisiológica. La figura 6 proporciona una idea del recorrido realizado por el marxismo de finales del siglo XIX, partiendo de la Alemania de Kautsky y Bebel. "A finales de siglo el nombre de Marx ya ha dado la vuelta al mundo", destaca Franco Andreucci. ⁵¹ La *clase por sí* - una clase obrera representada por organizaciones políticas e introducida en un programa de transformaciones de la sociedad - crece a través de los canales de los partidos y los sindicatos, de las cooperativas y las sociedades de mutuo socorro, difundida a través de conferencias y comicios, madurada por medio de universidades populares y cátedras ambulantes, círculos de lectura y bibliotecas obreras, centenares de periódicos e innumerables ediciones, reediciones y traducciones de los clásicos marxistas o de sus divulgadores, capaz de influir en amplios sectores de intelectuales, del liberal inglés J. A. Hobson, autor de estudios sobre el imperialismo que recogerá más tarde Lenin, a Max Weber y George Simmel, a Bernard Shaw y a William Morris. «Así, en la vigilia de la primera guerra mundial, el marxismo había alcanzado la masa de Chicago, grupos de intelectuales chinos, numerosos estudiantes de todas partes, pero, sobre todo, millones de obreros en todo el mundo». ⁵²

Fig. 6. La geografía del marxismo



Fuente: F. Andreucci, 'La diffusione e la volgarizzazione del marxismo', en Storia del marxismo, Turín, Einaudi, 1979, vol. II, p. 57.

Un campo historiográfico de gran interés, pero todavía poco explorado, es precisamente la relación entre las fragmentadas clases obreras de los siglos XIX-XX, partícipes de funciones sociales o económicas bien diversificadas, y esta clase obrera *politica* que se convierte en sujeto de primer plano en la Alemania guillermina o en la Francia de Jaurés o en la Italia de Giolitti y de Turati, se expresa en la historia de tres Internacionales y se caracteriza por un proyecto de hegemonía sobre el resto de la sociedad.

4. Las burguesías

4.1 TIPOS IDEALES, CASOS EMPÍRICOS

Hablando sobre los orígenes de la burguesía, en la Francia del siglo XVI. Lucien Febvre escribe: «la nobleza feudal iba declinando. y mientras, sin quererlo confesar nunca, veía cómo se escapaban de sus manos cargos, favores y riquezas. un pueblo de hombres nuevos, enseñados en sus actividades, duros y sutiles en la ganancia. surgía poco a poco, alcanzando el poder gracias al dinero». ⁵³

En los orígenes del modelo social y cultural de Occidente, parece encontrarse el nacimiento de una burguesía empresarial que se diferencia con claridad del viejo orden y conquista, con instrumentos insólitos, un puesto importante a nivel económico, social y político. Son los mercaderes quienes proporcionan a la ciudad productos alimenticios y manufacturados y que, gracias a un sistema comercial concentrado y oligárquico, pueden dictar sus propias condiciones a los consumidores o a las autoridades públicas que gobiernan el aprovisionamiento alimentario urbano; son los mediadores, que organizan las redes de trabajo a domicilio, proporcionando a las familias campesinas las materias primas para actividades de hilado, tejeduría, etc., son los que se aprovechan de la miseria de los campesinos para imponer sus préstamos con altos intereses y, un día, echarles de sus tierras por insolventes; son los maestros artesanos que, reunidos en grupos de oficios celosos de sus prerrogativas profesionales, llegan a controlar el mercado del

trabajo y a monopolizar la venta de sus productos. Lo que les acerca parece ser un comportamiento racional y utilitarista, enfocado al máximo beneficio ya la acumulación de capitales.

Desde Marx a Weber, el nacimiento de la burguesía adquiere la dimensión de un fenómeno de época, de amplia existencia, de largo período. Se relaciona con el surgimiento de una nueva «formación económico-social» o de un nuevo *espíritu* capitalista, así pues con fenómenos de transformación de las estructuras económicas, de los sistemas sociales y políticos, de los valores. La burguesía, en otros términos, se convierte en un *tipo ideal* que resume y simboliza otra categoría *ideal*: la modernización. Parece que la una no puede existir sin la otra.

Releyendo las obras morales de época moderna o hurgando en los testamentos, en las disposiciones dotales, en las bibliotecas privadas, historiadores como Febvre o sociólogos como Werner Sombart, han intentado identificar las características innovadoras de un grupo social, cuyo éxito parece consistir precisamente en su radical alejamiento respecto al Antiguo Régimen. El burgués es hombre «de acción y de iniciativa»⁵⁴ Se mueve y viaja, en un mundo donde los espacios parecen insalvables, los transportes difíciles y caros. Su movilidad territorial indica un rechazo a su condición de nacimiento, que es lo exactamente opuesto a las normas - escritas o no - que rigen la sociedad de los órdenes. El espíritu de empresa parece como un desafío al orden constituido. «El clásico empresario es el viejo Fausto» afirma enfáticamente Sombart: es él quien sabe calcular, decidir y dirigir. Y cita a Goethe:

*A severo orden, a rápida industria
sigue el más ambicionado premio;
para que la más grande obra se cumpla,
sólo una mente basta a mil brazos.*⁵⁵

Burgués es quien usa la riqueza para conquistar una posición social que de otra forma se le negaría. Dinero y tierras no permanecen inmóviles en sus manos, sino que se invierten hasta que se multiplican. Se compra para revender, se acumula para invertir. «La actividad del burgués, toda su actividad, tiene un fin y él lo declara: el beneficio.»⁵⁶

Se trata de comportamientos que implican un modo innovador de entender el trabajo y el tiempo libre, la esfera privada y la esfera pública, las relaciones sociales y políticas y también las familiares. En primer lugar, está el valor de las obras: «nunca me abandono al ocio, huyo del sueño, ni me echo, sino es vencido por el cansancio», predica Leon Battista Alberti, en el siglo XVI.⁵⁷ El burgués tiene un sentido específico del tiempo, la actitud de medir los comportamientos, de dividir la cotidianidad de manera ordenada, de racionalizar toda la existencia a través de un ideal de moderación. «Si la vida te es querida, entonces no malgastes el tiempo, porque él es la esencia de la vida», dice Benjamin Franklin.⁵⁸ y anota todas las funciones a realizar durante la jornada, con minuciosidad pedante: por la mañana, de las cinco a las siete, después de las plegarias, una ojeada a las cosas por hacer, las decisiones del caso, un poco de estudio y el desayuno; de las nueve hasta el mediodía, el trabajo; de la una a las dos, lecturas, libros comerciales y comida; de las tres a las cinco, otra vez el trabajo; de las seis a las nueve, ordenar las cosas y las ideas, una cena, alguna distracción; a las diez a la cama.⁵⁹ Regularidad y racionalidad llaman a la parsimonia. El uso del dinero es observado con gran atención: «que vuestras salidas no sean nunca mayores que vuestras entradas», recomienda Leon Battista Alberti⁶⁰ mientras que Samuel Smiles, en pleno siglo XIX, invitará a los ingleses al tenaz y astuto ahorro: «un vaso de cerveza al día equivale a cuarenta y cinco chelines al año. Con esta suma se puede hacer un seguro de vida de ciento treinta libras, pagaderas en el momento de la muerte. O bien, puesta en el banco, en veinte años esta suma puede convertirse en cien libras».⁶¹ El tipo ideal de burgués consume pero no derrocha. El mismo lujo es «un lujo serio», recuerda Febvre de sus burgueses del siglo XVI⁶²; la inversión en joyas y oro es una manera como otra para no perder las riquezas pero, al mismo tiempo, es «la vistosa insignia de la fortuna alcanzada», lo que hoy llamaríamos un consumo entendido como *status symbol*.⁶³

Burgués es quien valora y aprovecha las oportunidades. se adapta con realismo en el contexto en que vive, adecua su comportamiento con el cambio de situaciones. Es el comerciante quien sabe responder a las exigencias de los compradores, pero que tampoco vacila en crear nuevas necesidades y en usar con fines de provecho una inteligencia libre de prejuicios: «parece que va a nevar, chicos», va diciendo, en una saga noruega del año Mil, un comerciante que quiere vender esquis.⁶⁴

Pero un panorama así de los orígenes y las características de la burguesía europea está datado y es sobre todo unilateral. La categoría de burguesía a la que se refiere Sombart es, con toda certeza, un producto del siglo XIX y de cierta cultura de esa época orientada hacia el *progreso* y hacia el mito de la transformación social. De Sombart a Weber y Schumpeter, la sociología tiende a proyectar en un largo período a menudo indistinto, características de la sociedad del siglo XIX, proporcionándoles una especie de legitimidad histórica. Esta perspectiva es demasiado *ideal* para que pueda ser de mucha utilidad, a nivel

historiográfico. Oportunamente, algunos historiadores han destacado la imposibilidad de incluir en una única categoría interpretativa, «una burguesía cada vez más comercial, terrateniente, funcionarial, industrial», poniendo en el mismo nivel las figuras «del burgués conquistador de las ciudades medievales, de los *yeomen* antimonárquicos y de la *gentry* agraria, de los *sans-culottes* de barricada y del capitalista que amplía la base de la producción».⁶⁵

A pesar de limitar el tema a la burguesía occidental de los siglos XIX-XX, toda comprobación empírica pone de relieve su poca unidad. Aparece más bien como un archipiélago de distintas condiciones, marcado por orígenes y mecanismos de reclutamiento también diferentes, muy poco homogéneo en términos sociológicos, con frecuencia opaco a nivel cultural, difícilmente identificable como ente político.

La misma burguesía empresarial del siglo XIX - que es sólo un fragmento de burguesía, cuantitativamente irrelevante - no se presta a una definición unitaria. Comercio, tierra, manufactura e industria: sólo habría que reflejar los diferentes sectores en los que opera la nueva élite de los negocios para darse cuenta que también ésta está seccionada y articulada. En la primera mitad del siglo XIX, por ejemplo, en Inglaterra el enfrentamiento social más agudo pasa seguramente en el interior de la burguesía empresarial: es la batalla que combaten un capitalismo agrario y un capitalismo industrial, dos sectores productivos y sociales con objetivos muy poco homogéneos, el primero proteccionista y el segundo librecambista, los terratenientes arraigados al viejo sistema político y electoral, los manufactureros decididos a reclamar una revisión profunda de los equilibrios parlamentarios y gubernativos, etc. Y, obviamente, a los diferentes modelos económicos y políticos, corresponden modelos socioculturales alejados entre ellos y a veces antitéticos. que se expresan, por un lado, en un mundo rural modernizado y capitalista, aunque todavía muy emparentado con el viejo régimen de aldea y, en el aspecto manufacturero, en un contexto urbano marcado por la *sucia* fábrica y por la *peligrosidad* de quien trabaja en ella. Y no se llegaría a conclusiones distintas si se compararan con los nuevos industriales o con los grandes arrendatarios sus "primos burgueses" del comercio y de las finanzas, que viven en las capitales del siglo XIX, en los centros de negocios, en los grandes puertos, en las bolsas, enfrentándose no ya con braceros y obreros sino con empleados y dependientes mucho más hombres de mundo, más homogéneos culturalmente que las viejas clases nobiliarias y más aceptados y apreciados por éstos, más cercanos por larga tradición a las élites de la política y a los círculos gubernativos.

Fragmentada y heterogénea es la que representa el gran arquetipo de la modernización occidental: la *bourgeoisie* francesa de la Gran Revolución. En 1789, dirigiendo el asalto al régimen de Luis XVI, hay un Tercer Estado con unos perfiles sociales bastante poco claros, y que comprende, como destaca Albert Soboul, una suma heterogénea de grupos:

el de los "burgueses" propiamente dichos, burguesía pasiva de los que reciben rentas, que vivía del beneficio capitalizado o de las rentas de la propiedad territorial; el grupo de las profesiones liberales, de los hombres de leyes, de los funcionarios, categoría compleja y muy variada; el grupo de los artesanos y tenderos, pequeña o mediana burguesía, vinculada al sistema tradicional de producción y de intercambio; el grupo de la gran burguesía de negocios, categoría activa que vivía directamente del beneficio, a la marchante de la burguesía.⁶⁶

En Inglaterra concurren a formar la mítica burguesía de fábrica de la primera revolución industrial, sectores también muy diferentes por consistencia económica y extracción social: son "mercaderes a quienes la experiencia acumulada vendiendo mercancías les hacía advertir las posibilidades de una producción mecánica a gran escala", "empresarios de la industria a domicilio", "pequeños productores independientes" provistos de algún medio de financiación, por no decir que "algunos, sin duda, empezaron sin otro capital que el acumulado con el pequeño comercio local de paños e hilados; otros edificaron sus fortunas en el mercado negro de los materiales escamoteados en el contrabando", como trabajadores a domicilio.⁶⁷ La nueva burguesía industrial, en otras palabras, surge "de todos los horizontes de la vida económica", en Francia, los empresarios textiles son «ex-mercaderes, ex-artesanos o hijos de artesanos, joyeros, ex-obreros mecánicos, fabricantes de viejo tipo, profesionales liberales»⁶⁸. Muchos tienen una extracción rural: los industriales, destaca Paul Mantoux, «proceden la mitad de la clase agrícola y la otra mitad de la industria que hasta entonces había constituido una parte considerable, quizás la mayoría, de la población inglesa. Y si se intenta remontar más atrás, se llega casi siempre a una clase campesina»⁶⁹ Robert Peel, el más grande algodonero de la primera mitad del siglo XIX, cuyo hijo se convertirá en primer ministro, procede de una familia de agricultores que durante el siglo XVII había vivido de poca tierra y de una modesta actividad textil realizada entre las paredes domésticas.

Hay que añadir que, claro está, la élite empresarial asume características específicas, según los contextos en los que se mueve y del período en el que surge. Es difícil situar en el mismo nivel a la burguesía de la manufactura lanera que crece en Inglaterra, entre las granjas innovadoras de Jethro Tull y

las chimeneas de las Midlands, o en la Francia de nobles, notarios y funcionarios, o en la Prusia dominada por las elites agrarias y burocráticas. Existen profundas diferencias entre el modelo social de la primera revolución industrial y el posterior del «capitalismo organizado», estarán más fragmentadas las burguesías de los siglos XVIII-XIX, más compactos los grupos dirigentes de finales del XIX, menos burocráticas las primeras, entremezclados en tropas de empleados y apesadumbrados por los complejos problemas de la organización empresarial los segundos, librecambista y a menudo políticamente débiles las primeras, acostumbrados a mantener relaciones estratégicas con los gobiernos y las autoridades públicas los segundos.

Por otra parte, aun con todas las variantes que se han mencionado, el área de los empresarios no cierra la categoría de burguesía. La identificación entre burguesía y grupos empresariales es una simplificación histórica (aunque sea un recurso habitual), sobre todo a nivel cuantitativo. Las modalidades del desarrollo económico y social de los siglos XIX-XX seleccionan a las élites empresariales, reduciendo progresiva y radicalmente el grupo de los que tienen el control de los procesos de producción y favoreciendo en cambio el crecimiento de otros sectores burgueses: profesionales, empleados privados, burocracias públicas. Pero, ¿es razonable incluirlos a todos dentro de una misma clase social? ¿O será preferible respetar la rica articulación de la sociedad contemporánea y hablar más bien de burguesías?

Gente de diversos orígenes, grupos fragmentados por sectores productivos, actividades profesionales, rentas, las burguesías también se diferencian profundamente en el terreno de los valores y de los estilos de vida. Analicemos los recuerdos de dos familias inglesas de principios del siglo XX, recogidos por el historiador Paul Thompson.⁷⁰ Se trata de dos familias burguesas. Los Fulford viven en los barrios bien de Londres, en una bonita casa de tres plantas con jardín. Tienen cinco hijos, una camarería y un cocinero. Él es un profesional, trabaja en una compañía de seguros, desempeña la misma ocupación que había tenido su padre y su abuelo. La mujer delega en los sirvientes (a los que se añade un jardinero y una lavandera que no viven con la familia) prácticamente todo el trabajo doméstico, por lo que dispone de mucho tiempo libre. «Demasiado», observará Grace, su hija. La señora Fulford toca el piano, pasea con los pequeños en el parque público. Va al teatro y a los conciertos, en verano se traslada al campo o a la playa. A sus hijos los ha enviado a escuelas privadas, socialmente seleccionadas, donde una de las cosas más importantes que aprenden es a hablar con una pronunciación impecable. Las distinciones de clase, recuerda Grace, se notaban apenas uno abría la boca. Y luego, el porte: Grace aprenderá a caminar llevando en equilibrio sobre la cabeza un montón de libros. Contemporánea a los Fulford, la familia Ford tiene sólo dos hijos. Está claro que las preocupaciones del balance les han sugerido ser más prudentes. El marido tiene un empleo en el sector terciario, de los que son poco remunerados e inseguros. Su piso, situado en un barrio no rico pero *respetable*, es pequeño: un comedor, una cocina, una habitación. Pero cuando el señor Ford es despedido, la familia se ve obligada a trasladarse y contentarse con una solución todavía más modesta. Ella es de extracción obrera (antes de casarse hacía de sirvienta) y volverá a trabajar, como cocinera o dependienta, cada vez que las dificultades económicas lo requieran. La señora Ford siempre tiene muchas cosas que hacer, apenas cuenta con tiempo libre. No tiene sirvientas. Las rentas son bajas y Sidney, la hija, recuerda haber llorado de hambre cuando era pequeña. Incluso en épocas normales, la dieta es escasa, prudente, el *bacon* es una delicia reservada para los días de fiesta, la mantequilla no es mantequilla sino margarina, la comida de la noche se reduce a la mínima expresión.

No hace falta añadir que tales divergencias biográficas se arraigan en terrenos estructurales y culturales muy distantes. Dentro de la categoría de burguesía normalmente se sitúan grupos capitalistas que controlan el sistema productivo y financiero, y grupos privados de cualquier tipo de propiedad, grande y pequeña empresa, trabajadores autónomos y trabajadores dependientes; sectores que tienen grados consistentes de autoridad y sectores con funciones puramente ejecutivas; áreas profesionales de distinta importancia y fortuna; empleados públicos y empleados privados. Un archipiélago que se refleja en el abanico de culturas a menudo completamente ajenas entre sí: tipologías familiares y residenciales, sistemas de consumo, niveles de enseñanza, actitudes políticas, capacidades organizativas, opciones ideológicas y religiosas. De este mundo, la burguesía empresarial constituye solamente un segmento, destinado además a irse reduciendo con el paso del tiempo. Y los demás ¿por qué razón son burguesía? ¿Acaso existe una élite empresarial que se presenta como una especie de nudo (dominante y hegemónico) en torno al que giran - subalternas e ideológicamente subyugadas - las *burguesías numerosas* sin propiedades y sin poder? Es difícil responder. Pero es un hecho que tales grupos desempeñan con frecuencia funciones sociales y políticas que sorprenden por su grado de autonomía. No parecen puros y simples satélites de la *clase madre*.

4.2. BURGUESÍAS NUMEROSAS

La verdad es que las *burguesías numerosas* no son un fenómeno típico de la época contemporánea. En el Antiguo Régimen existen y prosperan profesionales, burócratas y sobre todo una vasta pequeña

burguesía autónoma formada por artesanos, detallistas, agricultores (pero, volviendo al típico problema, ¿tiene sentido incluirlos dentro de una única categoría?). Sólo algunos de estos grupos, sin embargo, crecen en cantidad y refuerzan su función, coincidiendo con los procesos de modernización social, de transformación productiva, de modificación del cuadro normativo y político. Se convierten, en resumen, en un fenómeno típico de los últimos 100-150 años. Son los empleados contratados por las empresas industriales, comerciales, financieras, a medida que su dimensión aumenta y que el trabajo en su interior se especializa y se diversifica. Son las burocracias públicas, llamadas a seguir las cada vez más complejas funciones administrativas, educativas, jurídicas, que los Estados asumen, entre finales del siglo XIX y principios del XX. En estas décadas, las sociedades occidentales se caracterizan por una burocratización de las funciones -públicas y privadas- que no tiene precedentes en la historia.

Clases medias, por consiguiente, viejas y nuevas. Respecto a ellas, la historiografía no ha investigado cuanto hubiera sido oportuno, atraída como estaba por los *triunfantes* episodios de la burguesía empresarial y sugestionada por las profecías de quienes. Repetidamente preconizaban la decadencia y con ello la marginalidad de artesanos, detallistas, etc. Por otro lado, el escaso interés existente hacia estas áreas sociales se explica por la dificultad de incluirlas en una categoría sociológica definida, por su indeterminación tanto económica como social y política.

Empecemos por el estrato más alto de las clases medias urbanas. Los profesionales proporcionan un número de prestaciones -jurídicas, educativas, sanitarias - indispensables para las sociedades urbanas de época contemporánea (a pesar de que las profesiones existen ya en el Antiguo Régimen, si bien suelen estar sometidas a las élites señoriales y al poder político). Normalmente ajenos a la administración de los medios de producción, constituyen no obstante un segmento fundamental del sistema social y de las relaciones entre los grupos. Son el lugar de formación, aplicación y divulgación de sus conocimientos científicos, de la cultura escrita, de las ideologías. Son grupos que, para desempeñar estas funciones, tienen a la espalda un *training* generalmente largo, costoso y selectivo.

En más de una ocasión, historiadores y sociólogos han destacado que un clásico carácter originario de la burguesía occidental es la adquisición y la venta en el mercado de funciones que presuponen conocimientos complejos y especializados. Ya en el Antiguo Régimen, para quien tiene posibilidad, ésta parece ser «la gran puerta, la entrada amplia y cómoda en el camino hacia los honores y la fortuna»⁷¹ La burguesía europea en época moderna es «una sociedad instruida; para la que el saber constituía la fuerza».⁷² La suya es una cultura utilitaria, racional, finalizada: en las bibliotecas de los siglos XVI y XVII de los notarios, altos funcionarios, abogados, tenían cabida pocos textos de poesía, pocas novelas de aventura, «ninguna sonrisa»⁷³ sino más bien las oraciones de Cicerón, los tratados morales, los manuales de derecho, en resumen, lecturas austeras e instrumentos de trabajo. La cultura es una profesión, la sede donde se adquiere poder social. «El burgués es hijo del libro -dice Febvre-, La ciencia es su beneficio, o mejor dicho, la fuente de su poder, de su dignidad, del triunfo colectivo de su *clase social*»⁷⁴

En época contemporánea, el acceso a las instituciones de enseñanza y profesionalización tiende sin duda a abrirse. Pero claro está que no de forma completa y socialmente indiferenciada. Si los niveles elementales se democratizan (aunque sea lenta y contradictoriamente), otras barreras educativas nacen de forma espontánea y se van organizando desde el mismo poder político. Entre los siglos XIX y XX la enseñanza se convierte en un metro de reconocimiento infalible de la condición social, el espejo fiel (y, mejor dicho, uno de los principales momentos genéticos) de los *cleavages* que dividen la sociedad industrializada. Las instituciones educativas de nivel superior están típicamente reservadas y jerarquizadas. Entre los estudiantes de las universidades alemanas, en torno a 1900, no existen los estudiantes de extracción obrera y son muy pocos los pequeño-burgueses: allí se encuentran, en cambio, en aplastante mayoría, hijos de grupos de empresarios, de terratenientes y oficiales, de profesionales y burócratas.⁷⁵ Pero también en las escuelas secundarias, los hijos de trabajadores manuales son una minoría reducida: menos del diez por ciento en una ciudad del Ruhr de principios del siglo XX ⁷⁶, En Francia, o en el mundo anglosajón, las escuelas privadas serán por mucho tiempo territorio reservado a las élites. Incluso cuando, entre el siglo XIX y el XX, los Estados promuevan la apertura del sistema escolar y financien sistemas escolares de masa, imponiendo por ley la asistencia a los primeros cursos, las *public schools* inglesas, los *lycées* franceses, los *gymnasias* alemanes seguirán siendo lugares inalcanzables, muy caras y supercualificadas.

Estas instituciones constituirán además un momento típico de la socialidad burguesa, no sólo porque las normas generales sean impartidas, además de en la familia, en los lugares de estudio, sino también porque -en escuelas, colegios, academias militares- los vástagos de la burguesía se crearán una densa red de relaciones personales y sociales, un verdadero *milieu*, naturalmente exclusivo, del que se espera, en un futuro, solidaridad social, ayuda económica y apoyo político.

A diferencia de los profesionales, los grupos artesano-manufactureros y los comerciantes al por menor desempeñan actividades empresariales y, en general, tienen en sus dependencias algún trabajador

asalariado. Pero media un abismo entre éstos y la verdadera burguesía de empresa. Grupo numeroso y articulado, que se arraiga en la historia plurisecular de las ciudades europeas y en el sistema de las corporaciones, la llamada "clase media autónoma" parece ver en los procesos de modernización de las estructuras productivas y sociales una amenaza directa a su existencia: detallistas o empresarios semi artesanos se preocupan por la tendencia a la concentración que, durante la segunda mitad del siglo XIX, se va afirmando en el sector industrial y en el sector de la distribución. Están destinados a proletarizarse escribieron Marx y Engels. «en parte por el hecho de que su pequeño capital no es suficiente para el ejercicio de la gran industria y sucumbe en la competencia con los capitalistas más fuertes, en parte por el hecho de que su habilidad se devalúa por los nuevos sistemas de producción»⁷⁷ y de hecho su polémica con la *modernidad* es continua, ambiguamente desarrollada en la doble vertiente anticapitalista y antiobrera, capaz de expresarse en opciones políticas tanto conservadoras como reaccionarias. Por otro lado, como ya se ha dicho, las previsiones de un derrumbamiento social y de una proletarización se confirman sólo en parte. La pequeña empresa resiste durante mucho tiempo con su modelo de vida a menudo arcaico y su cultura a veces paranoica anacrónicamente inclinada a reclamar -en pleno capitalismo monopolista- el respeto hacia la libre competencia, aunque también, al mismo tiempo, el restablecimiento de los privilegios corporativos. A lo largo de toda la época contemporánea, detallistas, artesanos, agricultores intentarán organizarse (aunque no será fácil) y establecer relaciones proficuas con aquellos sectores políticos y sociales que les permitan -a menudo con finalidades puramente electorales- proteger sistemas de trabajo y sistemas de valores ya en decadencia.

A pesar de estos elementos de inestabilidad (o quizá precisamente a causa de ellos), la clase media autónoma acaba jugando un papel de gran importancia, en la Europa de los siglos XIX-XX. En Francia, donde los procesos de desarrollo económico proceden con cierta lentitud y la subida en la escala de las empresas va *con retraso* respecto a otros países, los sectores de la pequeña empresa constituyen gran parte de un sistema socio-político estable, con tendencias conservadoras, desconfiado respecto a la modernización. La Tercera República recoge el consenso de agricultores, detallistas. Son éstos quienes contribuyen de forma decisiva a formar la opinión pública y los crónicamente reequilibran el radicalismo de los trabajadores parisinos. No es que la clase media autónoma francesa sea inmune a la crisis y al miedo: en vísperas de 1914, está claro que comerciantes y pequeños empresarios han perdido terreno, y no poco, respecto a la gran empresa. El aumento de las rentas de capital que se registran en el país no les afecta si no en una pequeña parte y no hay que extrañarse si, durante estos años, nacen verdaderas organizaciones «en defensa de las clases medias». Por otra parte, también en Francia la competencia del gran capital margina estas franjas de clase media, pero introduce a otras -provechosamente- en el nuevo sistema productivo y distributivo.⁷⁸

En Alemania, todavía más claramente, los viejos grupos de artesanos, agricultores y detallistas, son llamados por las élites capitalistas y burócrata militares para una importante función estabilizadora, en el momento de crecimiento económico y transformación social. La clase media autónoma se convierte en el símbolo de los valores premodernos, dique erigido para frenar el empuje de la modernización (o bien, en un último análisis, del conflicto social). Como cambio, los gobiernos guillerminos llevan a cabo un verdadero programa de proteccionismo social en beneficio del *Mittelstand*: se restablece un sistema de corporaciones artesanas, los grandes almacenes (que compiten con los detallistas) se ven afectados por gravosos impuestos. La defensa de los sectores autónomos es una operación económicamente cara, pero provechosa para los equilibrios políticos del Reich. El *Mittelstand* sobrevive a los procesos de concentración capitalista. A éste se le confía, a los efectos de estabilización antiobrera, la última defensa de una Alemania *antigua*, solidaria, corporativa, sin conflicto social.⁷⁹

Un mundo aparte es el de los empleados, un segmento burgués que, a diferencia de la "vieja clase media" no entra en contradicción con los procesos de crecimiento económico y de modernización, sino que por el contrario representa en cierto sentido un rasgo distintivo y un símbolo. Las nuevas dimensiones de la empresa y las aumentadas funciones de los aparatos estatales explican suficientemente los motivos de un proceso de burocratización que afecta, entre los siglos XIX y XX, a todo el occidente europeo y atlántico. El crecimiento de los cuellos blancos adquiere relevancia en la misma Gran Bretaña, donde también se afirma un modelo industrial basado en empresas de dimensiones medias y donde las funciones estatales están menos desarrolladas que en el continente: los empleados ingleses se acercan al medio millón en 1851 y rozan el millón en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Más allá del Canal de la Mancha, las dimensiones de este crecimiento adquieren proporciones enormes: en Alemania, entre finales del siglo XIX y la Segunda Guerra Mundial (1882-1939), mientras que los trabajadores manuales doblan su número, los cuellos blancos aumentan en 7 veces, pasando de 1,2 a 7, 7 millones,⁸⁰ en Francia, en el período que va de 1876 a 1911, paralelamente a un crecimiento muy contenido de los obreros (+ 17 %), se registra un fuerte avance de los empleados (+ 142 %).⁸¹

Los empleados son grupos sin propiedades, a diferencia de los artesanos o los comerciantes, pero tampoco pueden ser asimilados en los sectores de las profesiones libres porque no tienen autonomía (al depender de empresas privadas del Estado) ni las rentas. Son sectores *socialmente anfibios*, en los límites de la burguesía. Como el resto de la burguesía, se distinguen por el trabajo manual; como los obreros, son dependientes y forman parte de un mercado de trabajo que no controlan. No tienen rentas suficientes como para situarse automáticamente en los grupos altos de la sociedad: una comparación entre obreros especializados y empleados demuestra que a menudo salarios y sueldos son equivalentes, o que quizás los salarios son superiores. Tampoco se puede asimilar la calidad de la vida de una familia de profesionales como los Fulford con la de una familia de empleados como los Ford.

Pero un gran número de piezas, también en el caso de los empleados, permite formar un mosaico homogéneo y significativo. En primer lugar el trabajo: los empleados realizan un trabajo *limpio* y por esto son «cuellos blancos» (contrapuestos a los «cuellos azules», a la clase obrera), son los *black-coated*, los que van con americana negra. Con frecuencia, en las pequeñas empresas del siglo XIX, desempeñan su actividad en contacto directo con el personal dirigente y con los propietarios. Y, también cuando la oficina pase a tener grandes dimensiones y las tareas de los empleados se fragmenten en muchos niveles, en cualquier caso seguirá existiendo la división, sobre todo física, entre el lugar de los empleados y el de los obreros. Será diferente la retribución del trabajo: el sueldo pasa pronto a ser mensual, mientras que el salario, casi subrayando su dimensión de inmediata subsistencia, es semanal; además, las rentas de los empleados son progresivas (con mejoras por vejez) y la ocupación estable, a diferencia de los obreros, más expuestos al ciclo económico y privados de prestaciones por vejez durante mucho tiempo, amenazados por una caída de las retribuciones al ir disminuyendo la fuerza o la habilidad física.

Y también están los consumos, los modelos de vida, el tipo de familia. A nivel social, entre empleados y obreros se abre una brecha insalvable. La pequeña burguesía inglesa de la época medio-victoriana tomará parte en la ocupación de aquellos *suburbia*, limpios y decorosos aunque incómodos y alejados del centro, del que está excluida durante mucho tiempo la clase obrera. y cuando llegan los trabajadores manuales, los empleados no tendrán dudas a la hora de emigrar hacia barrios más exclusivos. En Alemania, a finales del siglo XIX, las grandes empresas dispondrán de programas de construcción para sus empleados, pero no olvidarán la distinción entre cuellos blancos y cuellos azules, segregando los primeros de los segundos de manera rigurosa.

Los empleados forman parte de la burguesía quizás más sobre un terreno de aspiraciones e ideologías que por motivos sociales y económicos. Su búsqueda de un status burgués es continua, atenta, ansiada. Las viviendas son una copia, modesta y mediocre, de las casas y de los ambientes familiares de la *middle class*. Los consumos siguen algunas indicaciones precisas, una prioridad social cuidada, una verdadera «cesta» de status symbols, recurrentemente obtenidos con sacrificios que los obreros no tienen que hacer, a menudo adquiridos a plazos o en el mercado de segunda mano. Y son consumos modernos, fieles a las propuestas que el *marketing* difunde en los nuevos grandes almacenes del Louvre o de Selfridges: los empleados no tienen las tradiciones de las viejas clases medias, ni las raíces artesanas de los trabajadores de fábrica. Los cuellos blancos carecen de raíces.

Sin embargo, en el conjunto de la estratificación social, ellos son el punto de unión entre la verdadera burguesía y las clases trabajadoras. Quizás ésta sea la razón de su importancia social y política. Obligados a adoptar un modelo de vida que los legitime como parte de la *middle class*, sus comportamientos y opciones políticas suelen divergir, y a menudo conscientemente, de los de los obreros. Y los gobiernos no hacen nada para atenuar estas tensiones, sociales de la pequeña burguesía. Ella constituye un elemento importante de estabilidad para los regímenes burgueses, es la principal base de consenso, la masa sobre la que se apoyan los sistemas liberal-democráticos. Las políticas escolares y las políticas de seguros sociales, que toman forma en el curso del siglo XIX, parecen dirigidas a este área social, casi queriendo subrayar la brecha ideológica y cultural que divide empleados y obreros, clases medias y trabajadores manuales. El apoyo político que las pequeñas burguesías proporcionan a los sistemas de los siglos XIX-XX se paga, aunque no siempre con generosidad.

En la Alemania de fines del siglo XIX, por ejemplo, los grupos de empleados asisten al deterioro de su condición económica y de su status social. La perspectiva de adquirir, en el curso de una o dos generaciones, alguna forma de propiedad y, con ella, la independencia económica se aleja a medida que aumenta la complejidad del sistema económico. La burocratización de la empresa provoca el fraccionamiento de jerarquías y cualificaciones, la diversificación de los salarios, la estandarización del trabajo, la caída de las funciones de autoridad de las que los cuellos blancos creían gozar. La pequeña burguesía dependiente se siente oprimida por la doble amenaza de la internacional *roja* y de la internacional *áurea*. Pero, si están claros los peligros de una proletarianización, igualmente decidida es la reacción de los interesados, cuya principal preocupación parece ser la de desarrollar cualquier forma de separación respecto a la clase obrera. Por su parte, los gobiernos del Reich secundan esta tensión hacia una «identidad no manual», concediendo a los empleados ventajas (que suelen ser más bien simbólicas) que confirman el impulso

hacia la distinción social. En 1911, por ejemplo, los empleados alemanes obtienen un sistema de seguros que está formalmente separado del de los trabajadores manuales, aunque en esencia es el mismo.⁸²

De este modo, fracturas económicas y sociales y diferenciaciones culturales se suman, reforzándose recíprocamente. El tema puede parecer genérico. Pero no es genérica la diferencia entre una práctica solidaria, de grupo, más o menos firmemente comunitaria, que caracteriza a las clases obreras, desde los "artesanos" a los peones, a partir del siglo XIX y hasta nuestros días, y la ideología de las franjas pequeño-burguesas, que parece más individualista, nuclear, portadora aunque desarmada y en ocasiones utópica de los principios del *self-help*, ansiosamente en busca de una protección desde arriba otras veces.

Notas

1. R. A. Nisbet. La tradizione sociologica (trad. it.), Florencia, La Nuova Italia, 1977, pp 255 ss.
2. K. Marx y F. Engels, Manifiesto del partido comunista (trad. It.), Turín, Einaudi, 1962, pp. 100-101.
3. K. Marx, Il Capitale (trad. It.) Roma, Editora Riuniti, 1970, vol. I, parte I, p. 16.
4. K. Marx y F. Engels. Manifiesto, cit. P. 100
5. W. D. Rubinstein, "Wealth, Elites and the Class Structure of Modern Britain", Past and Present, 76 (1977), pp 99 – 126.
6. Citado en I. Fetscher, Il marxismo. Storia Documentaria, Milán, Feltrinelli, 1970, vol. II. p. 304.
7. Ibidem.
8. Ibidem, p. 305.
9. M. Weber. Economia e Società (trad. it.), Milán, Comunità, 1974, vol. I, pp, 299-304.
10. Ibidem, vol. 1, p. 236. c
11. Ibidem, p.241.
12. Ibidem, p. 240.
13. G. Ossowski, Struttura di classe e coscienza sociale (trad. It.), Turín, Einaudi, 1969.
14. E. J. Hobsbawm, Lavoro, cultura e mentalità nella società industriale (trad. it.), Bari, Laterza, 1986, pp. 4-5.
15. Citado en C. De Seta, "L'ideologia della città nella cultura pre-marxista", Quaderni Storici, 27 (1974), p. 717.
16. A. Daumard, "Problemi relativi allo studio della borghesia francese del XIX secolo", Quaderni Storici, 56 (1984), p. 526.
17. Citado en Briggs, L' Inghilterra vittoriana (trad. it.) Roma Editori Riuniti, 1978, p. 315
18. Ibidem, p. 325.19. S Lanaro, "La campagna organizza la città?" Meridiana, 5(1989), p. 50. La cursiva es mía.
20. Citado en E. Grendi, "Il daumardismo: una via senza uscita?" Quaderni Storici, 29-30 (1975), p. 29.
21. A. Daumard (ed.) "Les fortunes francaises au XIXéme siècle", La Haya-Paris, Mouton, 1973.
22. K. Kautsky, La via al potere. Considerazioni politiche sulla maturazione della rivoluzione (trad. it.) Bari, Laterza, 1969, p. 95.
23. E. J. Hobsbawm, Lavoro, cultura, cit. p. 21.
24. Ibidem, p. 69.
25. E. P. Thompson. Società patricia, cultura plebea. Otto saggi di antropologia storica sull'Inghilterra del Settecento (trad. it.), Turín, Einaudi, 1981, p. 359.
26. E. P. Thompson, Rivoluzione industriale e classe operaria in Inghilterra (trad. It.) Milán, Il Saggiatore, 1969, vol. 1, p. 201.
27. Ibidem, p. 194.
28. Y. Lequin, "La forza-lavoro nell'economia francese dopo la Rivoluzione", en Storia economica Cambridge, cit., vol. VII, t. I, p. 423.
29. G. Procacci. La lotta di classe in Italia agli inizi del secolo XX, Roma, Editori Riuniti, 1970, pp. 15-16.
30. A. De Clementi, "Appunti sulla formazione della classe operaia in Italia" Quaderni Storici, 32, (1976), pp. 684-728.31. J.J. Lee "La forza-lavoro e l'industrializzazione tedesca", en Storia Economica Cambridge, cit. Vol. VII, t. I, p. 617.32. Ibidem, p. 23.
33. E. J. Hobsbawm, "Le rivoluzione borghesi: 1789–1848" (trad. it.), Milán, Il Saggiatore, 1963, p. 22.
34. S. Pollard, "La forza-lavoro in Gran Bretagna", en Storia economica Cambridge vol. VII, t. I, p. 159.
35. E. P. Thompson, "Rivoluzione industriale e classe operaria in Inghilterra". cit. Vol, p. 434.
36. S. Pollard, "La forza-lavoro in Gran Bretagna", en Storia economica Cambridge vol. VII, t. I, p.

- 159.
37. E. P. Thompson, "Rivoluzione industriale e classe operaia in Inghilterra", cit. vol., p. 437.
 38. J.J. Lee "La forza-lavoro e l'industrializzazione tedesca", en Storia economica Cambridge, cit. Vol. VII, t. I, p. p. 618.
 39. E. P. Thompson, "Rivoluzione industriale e classe operaia in Inghilterra" cit. Vol, p. 439.
 40. J.J. Lee, "La forza-lavoro e l'industrializzazione tedesca", en Storia economica Cambridge, cit. Vol. VII, t. I, p. p. 618.
 41. S. Pollard, "La forza-lavoro in Gran Bretagna", en Storia economica Cambridge, vol. VII, t. I, p. 179.
 42. J.J. Lee, "La forza-lavoro e l'industrializzazione tedesca", en Storia economica Cambridge, cit. Vol. VII, t. I, p. 589.
 43. J. W. Scott y L. A. Tilly, "Lavoro femminile e famiglia nell'Europa del XIX secolo", en C. E. Rosenberg (ed.), La famiglia nella storia, cit., pp. 185-227.
 44. R. H. Tilly, "La formazione del capitale in Germania nel secolo XIX", en Storia economica Cambridge, cit., vol. VII, t. I. p. 615.
 45. E. J. Hobsbawm, Studi di storia del movimento operaio (trad. it.), Turin, Einaudi, 1972, p. 319.
 46. Cit. en E. Grendi, L'Inghilterra vittoriana, Feltriniana, Sansoni, 1975. p. 98.
 47. E. J. Hobsbawm, Studi di storia del movimento operaio, cit., p. 325.
 48. Ibidem, p. 331.
 49. J. J. Lee, "La forza-lavoro e l'industrializzazione tedesca", en Storia economica Cambridge, cit. vol. VII, t. I. p. 592.
 50. L. Chevalier, "Classi lavoratrici e classi pericolose. Parigi nella rivoluzione industriale" (trad. it.). Bari, Laterza, 1976, p. 546.
 51. F. Andreucci, La diffusione e la volgarizzazione del marxismo, en "Storia del marxismo", Turin, Einaudi, 1979, vol. II, p. 29.
 52. Ibidem, p. 56.
 53. L. Febvre, Studi su Riforma e Rinascimento e altri scritti su problemi di metodo e di geografia storica (trad. it.), Turin, Einaudi, 1966, p. 235.
 54. Ibidem, p. 296.
 55. W. Sombart, Il borghese. Lo sviluppo e le fonti dello spirito capitalistico (trad. it.), Milan, Longanesi, 1978. p. 43.
 56. L. Febvre, Studi su Riforma e Rinascimento, cit. p. 299.
 57. W. Sombart, Il Borghese. cit. p. 85.
 58. Ibidem, p. 90.
 59. Ibidem, p. 122.
 60. Ibidem, p. 83.
 61. A. Briggs, L'Inghilterra vittoriana, cit. p. 134.
 62. L. Febvre, Studi su Riforma e Rinascimento. cit., p. 312.
 63. Ibidem, p. 313.
 64. W. Sombart, Il borghese, cit. p. 42.
 65. E. Grendi, 'Del senso comune storiografico' en Quaderni Storici, 41 (1979), pp. 700-701. .
 66. A. Souboul, La Rivoluzione francese (trad. it.), Bari, Laterza, 1966, vol. I, p. 31.
 67. D. S. Landes, 'Cambiamenti tecnologici e sviluppo industriale nell'Europa occidentale: 1750 - 1914, en Storia economica Cambridge, cit. vol. VI, t. I. p. 322.
 68. A. Chabert, citato en P. Bairoch, Rivoluzione industriale e sottosviluppo, cit. p. 46.
 69. P. Mantoux, citato en P. Bairoch, Rivoluzione industriale e sottosviluppo, cit., p. 45.
 70. P. Thompson, The Edwardians, Londra, Weidenfeld & Nicholson, 1976, pp. 92 ss.
 71. L. Febvre. Studi su Riforma e Rinascimento, cit., p. 266.
 72. Ibidem, p. 306.
 73. Ibidem, p. 308.
 74. Ibidem, p. 309.
 75. H. Kaeble, "Social Mobility in Germany: 1900 – 1960" Journal of Modern History, 50 (1978), n. 3, p. 449
 76. D. Crew, "Definitions of Modernity: Social Mobility in a Germany Town, 1880-1901", Journal of Social History, 7 (1973), n.1, p. 64.

CAPITULO VIII

COMPORTAMIENTOS COLECTIVOS

1. Las “clases peligrosas” y la percepción de la conflictividad social

Las profundas transformaciones económicas, sociales y culturales que marcan la época contemporánea constituyen, en su conjunto, una especie de movimiento perpetuo que repercute sobre individuos y familias, órdenes y clases, a veces con efectos traumáticos, dando vida a comportamientos reaccionarios. En la larga fase de transición que va de mediados del siglo XIX a principios del XX, las transformaciones estructurales provocan cíclicamente fenómenos de crisis productiva y financiera y momentos de conflictividad social. Son las décadas durante las cuales los partidos socialistas y las Internacionales obreras discuten sobre si el sistema capitalista está destinado a derrumbarse bajo el peso de sus contradicciones económicas o de las luchas sociales. «Estamos durmiendo sobre un volcán. Sopla un viento de revolución, la tormenta se dibuja en el horizonte», destaca Tocqueville a principios de aquel dramático 1848; que sólo en la capital francesa, durante los Días de Junio, provocará más de mil cuatrocientos muertos.¹ Poca cosa, sin embargo, respecto a 1871, cuando cruentas luchas sociales y políticas dejarían en las calles parisinas los cuerpos sin vida de más de veinte mil comuneros.²

Occidente parece haberse convertido en el campo de una aguda inestabilidad que a veces se hace insostenible. En pocos otros temas la conciencia de las clases dirigentes europeas se muestra más prudente, llegando a veces hasta la paranoia. La ciudad y el conflicto social se estrechan en una equivalencia férrea. La cruel Manchester, que Engels analiza con rigor anatómico en 1844 (*La situación de la clase obrera en Inglaterra*) que Charles Dickens transfigurará en la sórdida Coketown de *Tiempos difíciles* (1854), se convierte en el símbolo de una verdadera pesadilla colectiva. «¡Qué sitio! la puerta del infierno convertida en realidad», había exclamado en 1839 el general sir Charles James Napier, al visitarla³ Como reacción, en media Europa, amplios estratos de opinión pública opondrían un alto grado de nostalgias rurales al riesgo de la disgregación urbana. El miedo del conflicto social favorecía el nacimiento de una representación estereotipada del pasado, como lugar de armonías, y la difusión de ideologías anti-urbanas. “Los campos tenían que representar todo lo que la vida moderna ya no ofrecía, una especie de contrapeso interior y de refugio”⁴ Los paisajes de Wessex descritos por Thomas Hardy -cuya novela de mayor éxito se titula significativamente *Fuera de la demente multitud* (1874)- se convirtieron en Inglaterra en objeto de un verdadero culto popular, junto con guías turísticas y «peregrinajes»⁵ Lo que se añoraba era, en esencia, la cohesión social del mundo rural, donde -se decía- propietarios y campesinos se intercambiaban recíprocamente protección y deferencia.

En verdad, a lo largo de los siglos transcurridos, los campos habían sido escenario de relaciones sociales bastante menos lineales y pacíficas. Algo sabían de ello los señores de la tierra, los mercaderes de grano, los magistrados, los oficiales del impuesto de consumos que periódicamente, en la *Merry England* del siglo XVIII, recibían las enardecidas cartas anónimas de sus enemigos jurados. “Si no haces como ordenamos -decía una de las muchas cartas, dirigida a un mercante de vino en 1793- nosotros te haremos la peor de las torturas... Tú, canalla, hijo de rata de agua, ladrón, te haré saltar el cerebro. Maldita sea tu sangre, perro”. La mítica deferencia de las plebes preindustriales a menudo era simulación. Edward P. Thompson escribe:

Precisamente es una sociedad en la que cualquier resistencia manifiesta, identificable al poder puede transformarse en inmediata represalia - pérdida de la casa, del alquiler, e incluso

persecución legal-donde encontramos un mayor número de acciones en la sombra: la carta anónima, el incendio provocado del pajar y de la reserva de alimentos, la cojera del ganado, el disparo o la pedrada a través de la ventana, la verja arrancada de los goznes, el huerto arrasado, las compuertas de los viveros de peces abiertas durante la noche. El mismo hombre que de día se quita el sombrero delante del señor de la aldea -y que pasa a la historia como un ejemplo de deferencia-, de noche puede matar a sus ovejas, capturar a los faisanes o envenenar a los perros.⁷

Por otra parte, no era raro que las tensiones sociales se manifestaran abiertamente. Desde el siglo XVI hasta el XVIII, tanto en Andalucía como en Francia, en los Países Bajos o en Grecia, en Inglaterra o en Ucrania, Europa había conocido ocupaciones colectivas de tierras de la hacienda pública, roturaciones abusivas de los bosques, protestas violentas en contra de la carestía de la vida, saqueos, incendios demostrativos. Grandes revueltas campesinas, que parecían nacer de una antigua conciencia de explotación y de una idea radical de liberación, habían ensangrentado la Alemania de la Reforma o la Rusia de los siglos XVII-XVIII. También en los campos occidentales parecía forjarse, bajo las cenizas de la deferencia, el espíritu de aquel programa agrario que se enunciara en China, a mediados del siglo XIX, por el movimiento T'ai-p'ing: «La tierra será propiedad de todos, todos comerán arroz, todos llevarán ropa, todos gastarán dinero [...]. En la gran familia del Cielo, todos los sitios son iguales y cada uno vive en la abundancia.»⁸

Innumerables fueron las bandas armadas que vivían en las montañas y en los bosques, amenazaban a los grupos patronales, acechaban a los carros que recorrían caminos escarpados y tortuosos. ..Nosotros estamos tristes, es verdad. pero nos han perseguido siempre -confesará un salteador molisiano del siglo XIX-; los caballeros se sirven de la pluma y nosotros del fusil, ellos son los señores del pueblo y nosotros de la montaña.»⁹ Rebeldes y bandidos vestían a menudo prendas campesinas. Y la rebelión en contra de los señores de la tierra parece el *leitmotiv* de sus historias desde Robin Hood a Musolino o a Lampiao, *cangaceiro* del nordeste brasileño.

A continuación, a lo largo del difícil camino de la modernización, las sociedades occidentales conocerán tensiones y conflictos de diferente naturaleza, más intensas, aparentemente menos controlables, concentrados en las ciudades, Milán, Manchester, París, Viena, Berlín. Y, en comparación con la amenaza de las nuevas plebes urbanas, el antiguo conflicto entre propietarios y campesinos parecerá insignificante. A mediados del siglo XIX, la época de las figuras míticas de la rebelión y del crimen no es más que un recuerdo. La nueva sociedad pierde la sólida simbología de las culturas preindustriales. Se acabó el caballero ladrón. y Vidocq y Jesse James, y también la esperanza milenaria de la llegada del mítico vengador, entre la miseria del *sertao* brasileño. El conflicto social parece generalizarse. En un primer momento refleja el malestar por los drásticos cambios provocados por el desarrollo económico, es una violencia difusa que nace de la misma segregación de la nueva ciudad capitalista; y cada vez, con el pasar del tiempo, es más un conflicto organizado por instituciones estables, sindicatos y partidos. Una expresión clásica del siglo XIX francés -*classes laborieuses, classes dangereuses*- indica perfectamente el ansioso temor de las élites diligentes a que el vasto mundo del trabajo manual esté perdiendo la (presunta) tradicional ética de la obediencia y vaya degenerando en la ilegalidad.

Para los contemporáneos la ciudad moderna es violenta, peligrosa, inadministrable y plantea a las autoridades públicas problemas represivos de nuevo tipo. Respondiendo a la exigencia de controlar la masa anónima de las «clases peligrosas» (ilegales, ociosos, inmigrantes, criminales), el científico inglés Francis Galton propondrá en 1888 un método para identificar a los individuos, basado en las huellas digitales y que obtendrá un gran éxito. Entre tanto, en las ciudades -empezando por el París del urbanista Georges-Eugene Haussmann-, el viejo «montón de callejuelas, pasajes, patios y callejones sin salida»¹⁰ se derruye y son sustituidos por grandes avenidas, que tienen que aliviar las malsanas condiciones de vida plebeya, pero sobre todo, impedir que continúe siendo el escenario de robos y agresiones, de protestas colectivas y barricadas.

Los sectores más infelices del nuevo proletariado se muestran como una palpable amenaza al orden tradicional, y no injustamente, desde el momento en que se trata realmente de segmentos socialistas desarraigados de sus culturas de origen, no reagrupados por motivos económicos o por nuevos sistemas ideológicos. Campesinos establecidos en la ciudad, minorías étnicas que ni siquiera comprenden la lengua de la ciudad donde viven, orgullosos artesanos que han perdido la posibilidad de trabajar y enseñar a los hijos el *mystery*: son los que dan vida a una «cultura de la calle» tan viva como desesperada; privada de «estructuras culturales de referencia como en otros tiempos hablan sido la aldea y la familia. Es una cultura frecuentemente alcoholizada; la socialidad del *pub*, la cultura de la ginebra. Son grupos mal alimentados, mal vestidos, donde abundan los ilegítimos, que entran y salen del mercado del trabajo siguiendo el proceso alternativo del ciclo económico. Escribe Honoré de Balzac:

Situados entre el delito y la mendicidad, ya no tienen ningún remordimiento, y vagan cuidadosamente en torno al patíbulo sin caer en él, inocentes en el vicio, viciosos a pesar de su inocencia [...]; un pueblo superlativamente malo, como todas las masas que han sufrido, acostumbrado a soportar males increíbles y que un fatal poder obliga a perpetuidad al nivel del barro.¹¹

La criminalidad parece confundirse con el pauperismo, es un fenómeno de masa. «40.000 timadores, 15.000 ladrones, 10.000 descerrojadores, 40.000 buenas mujeres que viven del dinero de los demás - caculará Balzac- constituyen una masa de 110-120.000 personajes bastante difíciles de administrar. Considerando que la población de París agrupa a 1.200.000 almas, el cálculo se hace pronto: estos 120.000 ladronzuelos equivalen a un embrollón cada 10 personas honestas»¹² Todo esto representa la respuesta a la paradoja del siglo XIX: el contemporáneo aumento de la riqueza y de la pobreza, *Poverty amidst Plenty, luxe ou misère...*

La degradación de la vida urbana corre el riesgo de unificar áreas sociales y enteros barrios, mucho más de cuanto lo haga, al menos al principio, la fábrica. Esta imponente muchedumbre de hambrientos, enfermos y corruptos de baja estofa -escribirá desde el Londres del siglo XIX Georges Sims, sin olvidar el drama de la Comuna- se va haciendo peligrosa; peligrosa física, moral y políticamente. Su fiebre y su corrupción puede extenderse a las viviendas de los sanos, su ejército sin leyes puede levantarse. En París, entre tanto, la guillotina se traslada de la central plaza de Greve a la periférica barrera Saint-Jacques y las ejecuciones pasadas de las cuatro de la tarde a las primeras luces del alba: estamos en 1832 y el gobierno ciudadano advierte de la necesidad de ocultar el momento crucial de los mecanismos judiciales. Desaparece la fiesta de la muerte en la que participan numerosas muchedumbres, se acabaron los cortejos con el condenado en exposición y las ventanas abarrotadas de espectadores. De hecho, la muchedumbre parece identificarse en masa, anónima aunque peligrosamente, con la transgresión y el delito. Las ejecuciones de la Place de Greve habían sido el momento culminante de famosas carreras criminales, la celebración ritual de Figuras míticas de ladrones y asesinos. Las ejecuciones en la barrera Saint-Jacques ya no tienen nada de espectacular, son sórdidas, escondidas en la triste periferia parisina. Se cumple el destino de criminales comunes, sujetos peligrosos, gente como tanta otra. La guillotina se convierte en la perspectiva de los *miserables*, no ya de los héroes del mal

Louis Chevalier escribe:

El delito ya no es pintoresco y excepcional, ya no se configura en algún célebre salteador de caminos o en un regicida, y se convierte en cotidiano, anónimo, impersonal, oscuro; ya no imprime su sello en los barrios que la ley o la costumbre lo preservan, sino que invade toda la ciudad; ya no se expresa en la clamorosa expiación en la Place de Greve -espectáculo grandioso y datado, tan popular como la entrada del rey en la ciudad o la celebración de una victoria-, sino que se transforma en una vaga amenaza, siempre y en todas partes presente, mientras que hasta la pena capital se convierte en un ajuste de cuentas como tantos otros. Se puede decir que, de pintoresco, el delito pasa a ser social!¹⁴

De todas formas, París no es un caso aislado. Los tumultos del *mob* londinense (la "plebe", la "plaza") no son raros en el siglo XIX. El *pueblo* bajo asusta también más allá del Canal de la Mancha: entra en la vida política, más o menos instrumentalizado por los partidos, está atento a la política económica de las autoridades y reacciona inmediatamente ante las medidas gubernativas que le perjudican, parece sentir odio ante el orden constituido y ante todos los que llevan un uniforme. La costumbre de acuartelar a las tropas en viviendas privadas se eliminará, a principios del siglo XIX, porque no es prudente dejar a los soldados entre gente que nutre contra ellos hostilidad y desprecio. La aparición de las casernas, en Inglaterra, indica claramente el nivel de una fisura entre gobernados y gobernantes que raramente había sido tan aguda.

En media Europa, en todas las grandes ciudades, el *social change* parece expresarse en los altos índices de criminalidad de los barrios más pobres y en la disponibilidad de decenas de miles de personas a una transgresión que está determinada por las necesidades inmediatas, por el hambre, pero también por el hecho de sentirse ajenos a la cultura de las clases dirigentes, al orden constituido y a sus leyes.

2. Los comportamientos colectivos en el análisis de las ciencias sociales: instintos y racionalidad

El nuevo urbanismo y el conflicto social que éste parece incubar fisiológicamente son lemas por los que se interesan instituciones estatales y entidades religiosas, hombres políticos, líderes sindicales, intelectuales y toda la opinión pública de la Europa occidental.

El problema llama la atención incluso de los científicos sociales y parece desmentir las concepciones estáticas y orgánicas de tendencia positivista. Si las teorías comtianas suponían con gran optimismo que, sobre las cenizas del Antiguo Régimen, tendría lugar la llegada de una armónica sociedad industrial (dirigida por modernas clases productivas y valores colectivos consensuados), el marxismo destaca en cambio la imposibilidad de suprimir el conflicto entre las clases, construyendo una teoría social basada en la sucesión de los sistemas políticos y económicos que reflejan el dominio de una clase sobre las demás y no el consenso en torno a valores comunes. «La historia de cada sociedad que ha existido hasta este momento -afirma el *Manifiesto del Partido Comunista* (1848)- es la historia de la lucha de clases.»¹⁵ Pero también la teoría marxista de un conflicto entre clases conscientes y organizadas no parece reflejar la realidad de los hechos, la disgregación de las ciudades, la marcha espontánea de las tensiones sociales y de la violencia de plaza. Muchos sociólogos, psicólogos, politólogos están sorprendidos sobre todo por las nuevas dimensiones demográficas de los fenómenos sociales, por la multiplicación de ciudades de centenares de miles de personas. En los tratados de sociología y psicología social de finales del siglo XIX se empieza a hablar de «muchedumbre» y de «masa», términos sustancialmente ajenos a la precedente cultura europea y cuyos términos son de por sí significativos. La muchedumbre (en italiano, *folla* viene del latín *follare*, retorcer la ropa de la colada para escurrirla) alude a una situación de falta de espacio, de excesiva cercanía. La masa (del griego *masa*, pasta del pan) indica una situación colectiva informe y fácilmente maleable.

En 1895, el francés Gustav Le Bon publica *La psicología de la muchedumbre* (1895), un ensayo destinado a tener un gran éxito en su país (veinticinco ediciones en igual número de años e innumerables traducciones). El ámbito intelectual en que se mueve Le Bon es conservador y antijacobino. Por otra parte, el contexto socio-político es el de una Francia oprimida por las crisis nacionalistas, los intentos golpistas de Boulanger y un antisemitismo extendido para quien el caso Dreyfus es una especie de piedra filosofal. En polémica con el cientifismo racionalista, la *Psicología* de Le Bon presta atención a los movimientos profundos -latentes, inconscientes- de la actuación humana y contraponen el instinto de los comportamientos colectivos a la racionalidad del comportamiento individual. Las muchedumbres son afectivas, místicas, excitables, transformables, primitivas. En una palabra, irracionales. Su psicología está determinada por los sentimientos y creencias, por herencias culturales que se sumergen en el pasado. Tienen motivaciones a veces difíciles de descifrar, actúan por sugerencias, a menudo desembocan en la violencia. En su interior, los individuos se pierden, abdicando en una especie de alma colectiva que no está *civilizada*.

Desde Le Bon hasta Pareto, desde Michels hasta Ortega y Gasset, buena parte de la cultura europea del siglo XIX-XX no esconde su pesimismo antidemocrático y una fuerte aversión en relación con las masas (elitismo). Del avance de colectividades privadas de conciencia histórica, que van sustituyendo al tradicional gobierno de las minorías, habla *La rebelión de las masas* de Ortega (1930). y mientras Gaetano Mosca destaca el instinto del hombre de «agrupar rebaños juntos y combatir contra otros rebaños»¹⁶ y el sociólogo alemán Georg Simmel distingue una tendencia humana general y no eliminable de la afiliación, Sigmund Freud, analiza la profunda relación afectiva que une las masas a los «jefes», ilustrando las raíces ontogenéticas y filogenéticas de la «tendencia gregaria» (*Psicología de las masas y análisis del Yo*, 1919-1921).

Los acontecimientos de la primera mitad del siglo XX parecen confirmar, por otra parte, la crisis del liberalismo y de las utopías iluministas. La guerra de 1914-1918 ha tenido lugar en un momento de fuerte masificación de los comportamientos, agregaciones ideológicas, colectivización de la producción. Una experiencia que ha reunido como nunca vastas regiones y continentes enteros. Los muertos que dejará en el campo se contarán por millones. También ellos son una masa, un número inusitado. También es un fenómeno de masa el proceso revolucionario ruso, precisamente cuando un partido minoritario, ensalzando las necesidades colectivas esenciales (la paz, el hambre de tierras agrícolas), consigue demoler el imperio de los Romanov. En los acontecimientos de 1917, la cultura europea asiste a la confirmación de las teorías de la muchedumbre, en un ejemplo en el que se ha instaurado ejemplarmente una fuerte relación «gregaria» entre las masas y los líderes políticos. «La revolución bolchevique no hubiera tenido éxito -escribirá el liberal Bertrand Russell- si el "instinto del rebaño", de este modo irónicamente incoherente con el materialismo marxista, no hubiera contribuido en gran medida a asegurar el éxito de Lenin.»¹⁷

Los años veinte y treinta, con el crecimiento de los sistemas totalitarios y su sabia organización de las masas, confirmarían el pesimismo del análisis social. En 1933, el año de la llegada de Hitler al poder, Wilhelm Reich publica su *Psicología de masas del fascismo*, relacionando la profunda identificación de las masas y sus jefes con el sistema sexualmente represivo de la familia y, dentro de ella, con la relación entre padres e hijos.

La interpretación de los comportamientos colectivos como fenómenos instintivos e irracionales se halla, sin embargo, circunscrita a la Europa continental. La cultura anglosajona continúa a distancia, permaneciendo fiel a su modelo individualista y antiautoritario. En 1909, el sociólogo americano Charles H. Cooley destacará que «los excesos más relevantes de la plebe francesa o parisina [...] parecen estar

derivados de una falta de adiestramiento en el ejercicio del poder, inevitable en un país donde la democracia brota de la revolución». Por tanto, el problema no es la originaria incontrolabilidad de la muchedumbre, sino la poca madurez -en Francia, por ejemplo- de un sistema político participativo. Más tarde, en los años veinte, Robert Park (el impulsor de la escuela sociológica de Chicago) tienden a desmentir la concepción de la muchedumbre como antitética respecto a los individuos que la componen, sosteniendo, por el contrario, que los comportamientos colectivos son el fruto de las relaciones recíprocas que se establecen entre cada persona (interacción social). Producidas por la interacción social, las muchedumbres tienen, según Park, finalidades razonables y, a menudo, son dinámicas, creativas e innovadoras.

Con respecto a los europeos, los americanos tienen, por otra parte, referentes contextuales distintos. En sus análisis sobre los comportamientos colectivos, juega un claro papel, por ejemplo, el mito cultural de la frontera y la memoria de los grupos de pioneros que habían emprendido con éxito la conquista de las tierras del oeste. Pasando del concepto de muchedumbre al de «pequeño grupo» las ciencias sociales de ultramar acabarán por concentrarse en las características de las relaciones interpersonales. Los mecanismos de adaptación de los individuos al grupo (conformismo), los sistemas de comunicación internos (formación de opinion leaders). De esta forma se recuperará un vínculo entre individuo y colectividad que, en la reflexión intelectual europea, era visto como peligrosamente débil. Lejos de ser sinónimo de violencia y de instintividad inconsciente, el grupo, entendido como «estar juntos», se convierte en un elemento coherente con los fines del individuo y altamente positivo.

Más tarde, esta lectura optimista de la relación entre individuo y colectividad tenderá a agrietarse. Analizando la lógica de la actuación común, numerosos estudiosos, desde Elton Mayo y Kurt Lewin hasta John von Neumann y Mancur Olson, descubrirán contradicciones y límites, aunque sin llegar a las inquietantes interpretaciones de los europeos. Tampoco estos comportamientos colectivos, que parecen irracionales y consiguen resultados negativos (sub-optimales), se verán como el síntoma de instintos que se liberan en la muchedumbre. sino como el resultado del hecho de que, detrás de un acción colectiva. se hallan (las opciones de cada individuo, cada uno de los cuales procura su bien (y, al mismo tiempo, está condicionado por las opciones de los demás). El pánico, de la que es presa una multitud en una situación de riesgo (con grave peligro para la seguridad personal), es, por ejemplo, una respuesta *razonable* que los individuos dan a una situación en la cual se han debilitado las reglas usuales de convivencia social. «En la situación de pánico. el individuo se encuentra con que tiene que escoger entre actuar de manera antisocial buscando su salvación (o provecho), o adecuarse a las normas arriesgando su vida (o pérdida).»¹⁹ Si el teatro se incendia será difícil esperar un respeto por los que van delante o una salida ordenada: en la desconfianza de que lo hagan los demás. cada uno intentará ser el primero en huir. El resultado es desastroso, claro está, en términos colectivos. pero las opciones individuales son lógicas (racionales).

Por este camino, reflejando el modelo individualista de la cultura norteamericana, las ciencias sociales llegarán a teorizar la irracionalidad de la participación en acciones colectivas. En 1965, analizando *La lógica del comportamiento colectivo*, el americano Mancur Olson destaca que cuando se trata de contribuir a producir bienes públicos, cada uno es potencialmente -y coherentemente- un *free rider*, un viajero sin billete. No pagando los impuestos al Estado, por ejemplo, un individuo cree obtener una gran ventaja personal y que puede utilizar de todos modos los servicios públicos (sanidad, escuelas, etc.), que el Estado garantiza a todos, gracias a los impuestos pagados por los demás ciudadanos. De este modo, Olson desmonta teóricamente la opinión de que los comportamientos individuales son coherentes con los colectivos. «La noción según la cual grupos de individuos actúan con el objetivo de conseguir sus intereses comunes o de grupo en vez de ser el resultado lógico del supuesto de que los individuos en un grupo persiguen racionalmente sus propios intereses individuales, de hecho contradice tal supuesto.»²⁰

A partir de la valoración de los comportamientos colectivos como racionales y positivos para quienes participan, se llega a la conclusión de que, desde el punto de vista personal, toda acción común es irracional. Pero de este modo, ha destacado Jean L. Cohen, «la dimensión social de la acción desaparece». La ciencia social, partiendo en Europa de la reflexión preocupada sobre los amenazadores comportamientos de los desheredados del siglo XIX o de las masas nazis, llega. en los Estados Unidos, a un radical escepticismo en relación con el comportamiento colectivo. Entre interés común e interés individual no hay coherencia y es este último -con su lógica racional- el que prevalece.

3. El conflicto social como problema historiográfico

El análisis histórico de los comportamientos colectivos en época contemporánea se resiente de las teorías que han formulado sobre ellos las ciencias sociales, pero no es inmune en las interpretaciones e influencias típicas del siglo XIX. De hecho, los historiadores han identificado a veces la protesta popular con las vicisitudes de los partidos y de los sindicatos obreros, haciendo implícitamente propia la tendencia de aquellas organizaciones de representar todo el conflicto social y determinarlo con su política. Otras

veces, éstos han relacionado estrechamente la protesta popular con las condiciones materiales de vida de la gente, asumiendo así una clásica idea-fuerza del siglo XIX; la preponderancia de la economía sobre la sociedad. En fin, indagando los comportamientos colectivos, esta historiografía parece tener precisamente aquel sentido miedoso de los comportamientos colectivos que -típicamente- serpentea entre las élites europeas del siglo XIX.

Por decirlo de un modo esquemático, estas interpretaciones han acabado por deformar el conflicto social según una óptica que se muestra, demasiado política unas veces, o economicista otras, e incluso irracionalista en otras. Intentemos recorrer, aunque sea brevemente, algunos de los momentos de la discusión historiográfica.

Fueron los historiadores del movimiento obrero, generalmente de extracción socialista, los que identificaron el conflicto social con los comportamientos colectivos de tipo organizado. Lo que se estudiaba eran las incidencias de los partidos y los sindicatos de las clases trabajadoras y (menos) las acciones que estos habían promovido. El conflicto se leía especialmente bajo la óptica política y pasaba a ser enfrentamiento entre partidos o debate político en su interior.

Incluso cuando el objetivo de la investigación pasaba de la historia de los partidos a las acciones concretas (huelgas, piquetes, ocupación de fábricas), la identificación entre conflicto social y organizaciones político-sindicales acababa por reducir impropriadamente el campo, desde el punto de vista sociológico, restringiendo el análisis a los conflictos obreros. Se infravaloraba el hecho de que -aparte de una precisa fase de la historia occidental que va de finales del siglo XIX a los años setenta del siglo XX- los movimientos colectivos y los episodios de protesta popular comprenden un arco sociológico bastante amplio y un articulado abanico de motivaciones. No están caracterizados por el centralismo de la clase obrera, por ejemplo, las grandes turbulencias que asolan Europa después de las guerras napoleónicas en torno a 1830 o en 1848. Tampoco hay que olvidar el peso que, en la historia de los movimientos colectivos en época con- temporánea tienen los movimientos de protesta de agricultores y empleados, estudiantes y amas de casa. Es famoso el papel desempeñado (a menudo en las plazas) por una especie de partido de los consumidores en la Alemania guillermina, por los viticultores en Languedoc en 1907, por los veteranos en las agitaciones de la primera posguerra, por los cuellos blancos en los movimientos fascistas de los años veinte y treinta, por los negros en los Estados Unidos de Martin Luther King y Malcolm X.

La tendencia a circunscribir el análisis a la historia de los partidos y los sindicatos ha comportado también una distinción demasiado rígida entre una fase caracterizada por movimientos espontáneos y la fase de las organizaciones políticas. Una periodización que en realidad esconde un juicio de valor: desde esta óptica, de hecho, los movimientos colectivos asumen legitimidad (y atraen la atención de los historiadores) sólo si entran conscientemente en el combate político y si, por tanto, aceptan su contexto institucional (por ejemplo, el sistema industrial, las reglas del mercado, las leyes vigentes). Según sea su carácter espontáneo o, en cambio, de la capacidad de organizarse, el fenómeno histórico de la protesta popular es calificado como prepolítico o político, irracional o racional, reaccionario o progresista, utópico o realista.

En los últimos años, sin embargo, «con la gradual desintegración ideológica o política de los grandes movimientos socialistas -tanto socialdemócratas como comunistas- en la mayor parte de Europa», también los historiadores del movimiento obrero han empezado a ocuparse «tanto de la base como de los líderes, de las masas no organizadas como de las organizadas, de los obreros “conservadores” como de los radicales o revolucionarios»²³. Al mismo tiempo, los fenómenos colectivos no-institucionales que azotan a Occidente en los años sesenta (movimientos estudiantiles y juveniles, luchas espontáneas de fábrica, Mayo francés, movimientos de las mujeres, etc.) inducen a los historiadores a explorar el vasto territorio de la protesta espontánea, de la revuella (el *riot*), de la muchedumbre que forma tumultos (el *mob*). De ello nace, según algunos, una verdadera moda historiográfica: en este momento «el desertor, el amotinado, el rebelde primitivo, el bandido de campo, el revoltoso de los mercados públicos, el criminal de ciudad, el ladrón y el profeta de aldea han sido introducidos ya como miembros honrados y bien acogidos en las salas de los docentes de las universidades inglesas»²³.

Entre tanto, la historiografía económica ha subrayado en cambio el nexo que existiría entre la protesta popular y el ciclo económico. Se debe a W.W. Rostow la primera teorización clara al respecto. En 1948, Rostow crea lo que llama «gráfico de la tensión social», hipotizando que las agitaciones sociales dependen directamente de los precios del trigo (o de las dietas populares) y del nivel de desocupación: «desde 1790 hasta 1850 hubieron al menos tres fuerzas económicas fundamentales que contribuyeron, en distintas épocas, a las agitaciones sociales y políticas de Gran Bretaña: desocupación cíclica, fluctuación de las cosechas interiores y desocupación tecnológica»²⁴. En particular, destaca Eric J. Hobsbawm,

las depresiones empezaban esencialmente en el sector agrícola -en general, por la mala cosecha- y repercutían en el sector industrial a través de la falta de materias primas; pero sobre todo a través de la contracción de la demanda nacional, que era principalmente agrícola. En consecuencia, en períodos de precios de carestía, tendía a producirse un alto grado de

desocupación, creando una situación que casi obligaba a los trabajadores a la agitación y la revuelta.»

En la Inglaterra de finales del siglo XVIII, las tensiones sociales se agudizan en general hacia mayo, junio, en las semanas que preceden a la recogida de la cosecha. cuando se agotan las provisiones del año anterior y los precios, en consecuencia, suben. Es un "modelo de la depresión": el conflicto nace de la crisis de los balances familiares.

Después de 1850 aproximadamente, en varios países occidentales las cosas tenderán a cambiar porque, con la mejora de los sistemas de transporte y la disminución del papel económico y social de la agricultura, las poblaciones urbanas dependerán cada vez menos del resultado de la cosecha. Al contrario, el conflicto social (principalmente animado en estos momentos por los obreros de fábrica) tiende a aumentar precisamente en los períodos de crecimiento económico y ocupacional: tal crecimiento determina de hecho un aumento del poder contractual de las clases trabajadoras y la posibilidad de afrontar mejor los costes del conflicto (pérdidas salariales a causa de las huelgas). A fases de desarrollo económico sigue, por otra parte, la tendencia de los trabajadores a reivindicar una parte de la acrecentada riqueza social en forma de aumentos salariales.

El vínculo entre luchas sociales y condiciones económicas es, sin embargo, una llave interpretativa restringida. La relación entre economía y sociedad, como se ha dicho en el capítulo quinto, no se presta a simples esquematizaciones. Además, la distinción entre un período en que la tensión social estaría inmediatamente determinada por las urgencias alimentarias y una época caracterizada por conflictos organizados supone una especie de evolución entre lo inmediato y lo elemental de las agitaciones sociales que nacen del *precio del pan*, por un lado y, por el otro, la complejidad de las sucesivas luchas organizadas, por el otro. En un ensayo de 1958 que parece hacer suyas las teorías instintualistas de la psicología social, Loris Chevalier describe París a principios del siglo XIX donde el crecimiento demográfico y las olas migratorias determinan una congestión urbana de terribles efectos sociales. Encerrada en una especie de mordaza malthusiana, la población parisina ve cómo se derrumban las mismas bases biológicas: está subalimentada, alcoholizada, enferma, «espantosa y repelente» en el aspecto físico,²⁶ dispuesta a la prostitución y al infanticidio, marcada por los suicidios, asocial, sistemáticamente inclinada a la violencia.²⁷ Al pueblo parisino no le interesa la política, no está organizado, intenta más bien «hacerse sitio en un ambiente hostil y, al no conseguirlo, se abandona al odio, a la violencia y a todas las prevaricaciones posibles»²⁸

Entre instintos, estructuras biológicas y determinaciones económicas, los comportamientos colectivos corren el riesgo de simplificarse excesivamente. *Antes* del conflicto moderno (organizado e institucional), la protesta popular es oscura, irracional, espasmódica. Así, hace algunas décadas, J. J. Plumb podía definir el ludismo como «una *jacquerie* industrial obtusa y frenética»,²⁹ mientras que T. Ashton creía que los tumultos de los mineros del carbón en el siglo XVIII se podían explicar «mediante algo más elemental que la política: se trataba de una reacción instintiva de la virilidad del hambre».³⁰

Pero el vínculo puro y simple entre hambre y tensión social empobrece gravemente la complejidad de la actuación común. La casuística histórica muestra que las respuestas de la gente a las necesidades económicas son articuladas y complejas. En los comportamientos colectivos se mezclan cuestiones de orden socio-político, cuestiones relativas a los valores vigentes ya las culturas locales, problemas de orden público (la capacidad de control del Estado) etc., a los que los estudios de corte económico no siempre han prestado la debida atención. Comparando esta historiografía de las «rebeliones del estómago» con los análisis antropológicos dedicados a los grupos *primitivos*, Edward P. Thompson destaca irónicamente que

nosotros tenemos conocimiento de todo lo que tiene relación con el delicado tejido de normas e intercambios sociales que regulan la vida de los habitantes de las Trobriand, y también de las energías psíquicas implicadas en los *cargo cults* de la Melanesia; pero en un momento determinado, esa criatura social infinitamente compleja que es el hombre melanesio, se transforma -en nuestros análisis históricos- en el minero inglés del siglo XVIII que se golpea convulsivamente el estómago con las manos y responde sólo a estímulos económicos elementales.³¹

Tanto si es espontáneo como organizado, socialmente caracterizado o difuso, ciudadano o rural, es difícil englobar el conflicto social en un esquema.

Tomemos un clásico fenómeno contra el que se ha ejercido la execración de los apologetas del industrialismo del siglo XIX (y de algunos historiadores del siglo XX): aquel ludismo que, destruyendo las nuevas máquinas, parece querer negar a la misma historia su camino *progresivo*. El movimiento ludista nace, en realidad, de la percepción colectiva de las complejas consecuencias -económicas, sociales, culturales- provocadas por el sistema de fábrica: pérdida de la independencia, desocupación, utilización de mujeres y niños, modificación de la calidad de trabajo. No es en absoluto un fenómeno ciego, elemental ni irracional,

ni está (a pesar de las apariencias) condenado al fracaso. Lo que se pone en marcha, en Inglaterra de los primeros años del siglo XIX como respuesta a la amenaza que representa la emergente organización industrial del trabajo, es una protesta *espontánea*, extendida, violenta, antiinstitucional, y que, sin embargo, dará prueba de notables capacidades organizativas, habilidad táctica, claridad estratégica a la hora de valorar objetivos a perseguir y medios a disposición ya la hora de buscar alianzas oportunas con otros sectores de la sociedad.

El movimiento, por mencionar una característica, nunca es indiscriminado. En Nottingham, en diciembre de 1811 -escribirá una hoja local- los ciudadanos «sólo destrozaron los telares de los que han disminuido los salarios de los obreros; los que no los han disminuido conservan intactos sus telares»³². Del mismo modo, en Lancashire, se olvidarán de las máquinas de hilar de más modestas proporciones y se destruirán sólo las más grandes, utilizadas en las fábricas.³³ El conflicto tiene objetivos determinados y es capaz de alcanzar un buen nivel organizativo. Los ludistas actúan «bajo mandos regulares, cuyo jefe, quien sea de entre ellos, es llamado *Generale Ludd*, y sus órdenes son implícitamente obedecidas como si hubiera recibido su autoridad de manos de un monarca»³⁴ organizan en «pequeñas bandas; armadas que se [desplazan] con gran rapidez de una aldea a otra con el favor de la oscuridad»³⁵ disponen de mosquetes, pistolas y hachas. usan disfraces y máscaras, recogen fondos para las familias de los trabajadores que han sido despedidos a causa de la destrucción de las máquinas, tienen un sistema de correo que les permite estar informados de lo que de en zona lejanas, alcanzan una movilidad territorial que los pone a cubierto de policías y soldados, consiguen encontrar apoyo en amplias franjas de población, hostiles o desconfiados respecto al proceso de mecanización. No hay que olvidar que, aun sin conseguir detener el crecimiento del sistema industrial, el ludismo obtuvo importantes resultados, evitado a los precios los costes sociales y económicos que hubieran tenido que afrontar si querían instalar las nuevas tecnologías, y acabando en consecuencia por retrasar efectivamente la difusión de las máquinas. Después de las grandes destrucciones de 1830 a manos de los braceros las trilladoras inglesas, por poner un ejemplo, no volverían a los precedente niveles de difusión. El temor a poner en peligro sus máquinas, sus bienes capitales y quizás su persona, indujo a numerosos empresarios a innovar sistemas de trabajo con gran cautela. De este modo los beneficios eran inferiores a los que, en teoría, se hubieran podido obtener, pero en compensación, destacaban los mismos industriales «la vida de la zona era tranquila y pacífica»³⁶.

El conflicto social es un fenómeno influenciado por las opciones de individuos o grupos y se arraiga en contextos concretos. Por ese motivo presenta una rica articulación en el tiempo y en el espacio, que no siempre los historiadores le han reconocido. Abriendo un ensayo dedicado a *Policia y pueblo. La protesta popular en Francia (1789-1820)*, Richard Cobb recuerda «las enormes diferencias existentes de un sitio a otro» de Francia, en las prácticas concretas del conflicto social, y añade: «si consigo demostrar que es imposible escribir una historia nacional de la protesta popular francesa, sino que sólo se puede escribir la normanda o lionesa, entonces obtendré uno de los resultados que me había propuesto»³⁷ El hecho es que el mercado, más allá de las apariencias, no elimina las profundas diferencias existentes entre país y país, entre sectores productivos, entre oficios, etc. El ludismo no es un fenómeno unitario: en Lancashire, por ejemplo, es más político y más espontáneo, en Nottinghamshire, más disciplinado y estrechamente económico. Como tampoco es homogéneo el carlismo: no desde el punto de vista territorial, ya que adolece de estructuras sociales, culturas, tradiciones de lucha, motivos de tensión frecuentemente locales; ni desde el punto de vista de los que participan, divididos entre «un artesanado más adelantado, que comprendía a tipógrafos, zapateros, sastres, ebanistas, libreros, pequeños tenderos; los obreros concentrados en las zonas textiles [...]; los trabajadores a domicilio, entre los cuales se encuentran no sólo los tejedores manuales, sino también los productores como los calceteros y los fabricantes de clavos»³⁸ Junto con la escala de los oficios, de las condiciones laborales, de las características locales, salen a la luz diferentes objetivos, actitudes más o menos radicales, específicos niveles de politización y de sindicalización.

Más allá de su articulación contextual, sin embargo, el conflicto social encuentra su razón en *sistemas complejos de valores*. Según Barrington Moore Jr., la protesta colectiva, incluso la más violenta, se introduce en un «contrato social implícito», informal, aunque comúnmente aceptado: «un conjunto de límites que definen el radio de acción tanto de los gobernantes como de los súbditos, de los grupos dominantes y de los subordinados» y, al mismo tiempo «un conjunto de obligaciones recíprocas que vinculan uno a otro los dos elementos».³⁹ Se trata, en general, de normas no codificadas pero muy presentes para quien defiende el orden constituido o para quien se rebela contra él, de tal forma que, incluso tras la apariencia de tensiones y conflictos sociales privados de reglas y de límites, «lo que sucede, en realidad, es una tentativa continua por parte de gobernantes y gobernados de descubrir en qué medida pueden actuar a escondidas, comprobar y *encontrar* los límites de la obediencia y la desobediencia».⁴⁰

Lejos de ser ciegas y desestructuradas, las revueltas en contra de la carestía de la vida, que son innumerables a lo largo de la historia de Europa - con su usual fenomenología de molinos asaltados, emboscadas a los carros cargados de trigo, hornos saqueados, incendios a los pajares - responden a una

idea específica (común a todos), de lo que es justo y de lo que es injusto, o bien a una específica noción de legitimidad. «Con noción de legitimidad - escribe Edward P. Thompson, a propósito de la Inglaterra del siglo XVIII - entiendo que el comportamiento de los hombres y de las mujeres estaba guiado por la convicción común de defender, de este modo, derechos y costumbres tradicionales; y, más en general, por la convicción de gozar de la más amplia aprobación de la comunidad.»⁴¹ Es este sentimiento de la justicia lo que, durante siglos, permite a la gente bajar a la plaza y ser violentos con molineros, agricultores y mercaderes cuando éstos parecen aprovecharse de una mala cosecha para subir *demasiado* el precio del pan. Esas protestas, con frecuencia radicales, a veces cruentas,

actuaban según la concepción popular que definía la legitimidad o ilegitimidad de las formas de ejercer el comercio, el molido del trigo, la preparación del pan. etc. Y esta concepción, a su vez, estaba arraigada en una consolidada visión tradicional de las obligaciones y de las normas sociales, de las correctas funciones económicas de las respectivas partes de la comunidad que, en su conjunto, constituían la «economía moral» del pobre. Una ofensa contra estos principios morales, *más que un efectivo estado de privación*, era el incentivo habitual para una acción inmediata.⁴²

No hace falta añadir que la noción de legitimidad cambia en el tiempo y el espacio. Lo que podía parecer injusto e inaceptable a los consumidores ingleses de la segunda mitad del siglo XVIII entraría en la moral vigente de un siglo después.

Estrechamente conectada con su contexto cultural, político e institucional, la protesta popular cambia con la transformación de este contexto. Según Charles Tilly, «la violencia colectiva normalmente nace de los procesos fundamentales de transformación política de las naciones occidentales»⁴³ (refuerzo fiscal de los Estados, ampliación de los mercados, urbanización, etc.): estos procesos han modificado tanto las formas de expresión como a los mismos actores del conflicto social. Revisando cuatro siglos de historia francesa, Tilly destaca que, entre los siglos XVII y XVIII, la protesta colectiva se dirige en primer lugar contra el fisco real y sus recaudadores y después contra el libre comercio de los productos agrícolas (sobre todo del grano). Estas acciones colectivas – antifiscales o para el justo precio del pan – tienen características propias: se desarrollan sobre la base local (la aldea, la parroquia), atacando a los personajes considerados como inmediatos responsables de la «injusticia» (agentes del fisco, comerciantes de harina, molineros, panaderos); asumen temporal e impropriadamente algunos poderes públicos (fijan el nuevo precio del pan por la violencia popular, secuestran con violencia y distribuyen colectivamente la harina, etc.); a menudo piden protección a las autoridades locales que se muestren abiertas a las instancias populares o tengan interés en sostenerlas (patronal); tienen formas de expresión particulares (asalto a los carros con trigo, destrucción de las barreras aduaneras, expulsión de los recaudadores de impuestos, etc.).

En época contemporánea, desde mediados del siglo XIX, la protesta popular asumirá contenidos y formas distintos. Las luchas sociales se convertirán sobre todo en conflictos laborales (en general, el enfrentamiento se produce entre patronal y asalariados); serán tendencialmente nacionales y no locales, no ya relacionados con la protección de algún patrón del lugar, sino decididamente autónomas de las autoridades constituidas, más estructuradas, a menudo organizadas en asociaciones específicas; se basarán en programas, slogans y símbolos que indican explícitamente la pertenencia de los participantes al grupo; se contrapondrán a los poderes públicos, más que asumir temporalmente sus funciones; darán vida a nuevos comportamientos, como huelgas, manifestaciones reivindicativas, irrupción en asambleas oficiales, ocupación de suelo público, etc.

Para subrayar su carácter no casual, Tilly llama repertorio al conjunto de formas de expresión que asume. en los varios periodos, la protesta colectiva, y destaca que «cada población posee un repertorio limitado de acciones colectivas» y lo sitúa en escena. cada vez, adaptándolo al objetivo del momento, como si fuera una especie de comedia de arte⁴⁴. Detrás de la sucesión de los repertorios se entrevé la combinación de factores político-institucionales, transformaciones económicas, una compleja dialéctica social y territorial (la relación entre centro y periferia). Tales tipologías reflejan las transformaciones seculares de Occidente, su modernización, el paso de la *comunidad* a la *sociedad* y, al mismo tiempo, se entrelazan con temas locales y contextos concretos. Los comportamientos colectivos, dirá E. P. Thompson, requieren toda la atención que los antropólogos prestan a los primitivos de Melanesia o de Amazonia.

4. Segregación y movilidad social

El conflicto social está relacionado con el carácter dinámico de los sistemas occidentales de los siglos XIX-XX, y constituye, en cierto modo, un elemento fisiológico. Pero las categorías de conflicto y transformación - sobre las que ha insistido la historiografía - no pueden hacer olvidar la existencia de fenómenos y

mecanismos que van en dirección opuesta a la *estabilización* social. No sería posible comprender, en caso contrario, la esencial capacidad de supervivencia demostrada por élites dirigentes e instituciones públicas occidentales en los últimos dos siglos (a pesar de los altos costes sociales de la modernización), ni el fracaso histórico de las hipótesis de «caída» y «revolución» a menudo formuladas, en los siglos XIX y XX, por el movimiento obrero europeo. Analizando los mecanismos de desigualdad que caracterizan los sistemas socio-políticos del Occidente contemporáneo, el sociólogo Frank Parkin destaca que el problema no es «no es el de preguntarse por qué los no privilegiados suelen rebelarse contra los privilegiados, sino por qué no se rebelan más a menudo de lo que lo hacen.»⁴⁵ Es cierto que el conflicto social no frenará el avance de las máquinas ni la ampliación de la polanyiana sociedad de mercado. Agitaciones en la plaza y huelgas industriales no impedirán que la forma de producción capitalista y los Estados liberales (quizás transformados) superen el túnel de numerosas crisis estructurales o políticas y las graves tensiones que éstas provocan.

Por otra parte, el conflicto social no se mueve en un frente compacto y raramente asume el significado de un enfrentamiento entre dos clases marxistas; se articula más frecuentemente en áreas territoriales y sectores socio-profesionales, manteniendo en general desligadas sus instancias (económicas, sociales, políticas). Las grandes organizaciones socialistas del siglo XIX fracasaron en el objetivo de unificar los diversos focos de la protesta social y de conjugar reivindicaciones sindicales y estratégicas de partido. La Primera Internacional no sabe conectar los núcleos artesano-obreros a un tejido de trabajadores todavía prevalentemente rurales, y la Segunda Internacional tampoco consigue sintetizar las distintas valoraciones que alemanes, franceses, rusos o italianos dan a la cuestión del imperialismo y de la guerra.

Además, la conflictividad social se integra, si bien parcialmente, en los mecanismos de funcionamiento de las sociedades contemporáneas. Desde mediados del siglo XIX (y sobre todo en el siglo XX), con el impulso de las luchas obreras, la dinámica salarial europea determina un aumento de los costes de producción que, a su vez, provocando una reducción de los márgenes de beneficio, estimula las innovaciones tecnológicas. Entre tanto, el mayor volumen salarial amplía las capacidades de consumo de la gente y se convierte, por tanto, en un elemento esencial para el sistema de producción de masa.

Aparte de esto no hay que olvidar que los elementos de conflictividad de las sociedades occidentales contemporáneas a menudo se resuelven – financian – a costa de los países extraeuropeos, a través de mecanismos de dominio político y económico que agravan la diferencia entre áreas no desarrolladas y áreas desarrolladas, pero hacen que estas últimas sean más estables. No hay duda de que, en el curso de los siglos XIX y XX, Occidente goza de una creciente prosperidad también gracias al uso de fuerza-trabajo, tierras y materias primas que se encuentran a bajo coste en Asia, América Latina; África. Estos recursos, añadidos - destaca el análisis marxista del fenómeno imperialista - permiten que las clases dirigentes occidentales satisfagan algunas de las reivindicaciones económicas de las clases trabajadoras, amortiguando así las tensiones sociales. Antes de Lenin, fue Engels quien constató que «el proletariado inglés cada vez es más burgués [...]. Para una nación que explota todo el mundo esto es naturalmente justificable en cierta medida».⁴⁶

Por tanto, tres buenos motivos que atenúan tendencialmente la conflictividad de las sociedades contemporáneas: una poca unificación organizativa de los movimientos sociales, su función de estímulo en relación con el mercado, el traspaso de una parte de los costes económicos del conflicto hacia fuera de las «metrópolis» desarrolladas.

Pero, ¿son suficientes estas razones para explicar la larga vida de un sistema económico y político (occidental) que para muchos es destructivo, contradictorio, parcial? A menudo, las ciencias sociales han proporcionado una interpretación «optimista» del problema de la continuidad: los procesos de modernización económico-social contarían, en su interior, con mecanismos capaces de compensar los fenómenos de desigualdad y de amortizar las razones del conflicto. Y, entre ellos, sería crucial el papel de la movilidad social, o bien de las diversas oportunidades - que se ofrecen a los individuos, familias, grupos - de mejorar su condición social mediante ascensos de categoría, cambio de un sector de actividad a otro, acumulación de ahorros, paso del trabajo dependiente a actividades autónomas, opciones matrimoniales en contextos sociales superiores, adquisición de capacidades profesionales mediante la enseñanza, etc. En esta especie de promesa de mejora estaría la clave de la estabilidad y la misma legitimación de los sistemas políticos occidentales. Dahrendorf escribe:

El porcentaje de movilidad parece corresponder al nivel de industrialización de cada país: por eso es más elevado en Gran Bretaña que en Francia, más en los Estados Unidos que en Italia [...]. La movilidad social, que para Marx constituía la excepción que confirmaba la regla de la insuperabilidad de las barreras de clase, ha sido institucionalizada en la estructura de la sociedad post-capitalista, y se ha convertido en tema de conflicto y de transformación social.⁴⁷

No hay duda de que las mismas características de las transformaciones de los siglos XIX-XX postulan una fuerte movilidad social, fenómeno en verdad no ausente en los Antiguos Regímenes, aunque muy distinto tanto en dimensiones como en calidades. La formación de un moderno mercado laboral tiene lugar gracias a ingentes desplazamientos sociales, además de territoriales: desde la decadencia de enteros oficios artesanos hasta el aligeramiento de un comercio al detalle ya pletórico, desde «el fin de los campesinos» hasta el nacimiento ex novo de los cuellos blancos. Las transformaciones ocupacionales de los siglos XIX y XX son demasiado amplias para poder pensar en fenómenos de simple autoreclutamiento. Los obreros de la nueva industria mecánica, por ejemplo, no son sólo los

descendientes de los viejos artesanos del sector; ni los siete millones de empleados de la Alemania nazi pueden ser, todos ellos, hijos o nietos del millón de cuellos blancos del Reich guillermino. Y, por poner otro ejemplo, en las postrimerías del siglo, más del 40 % de los empleados londinenses es de extracción obrera⁴⁸ El nacimiento de figuras profesionales y sociales nuevas explica, por tanto, gran parte de los fenómenos de movilidad que acompañan a la Historia occidental de los siglos XIX-XX.

Pero esto no significa que la sociedad de mercado sea el paraíso de las oportunidades. Claro, las expectativas de progreso colectivo se arraigan en vastos estratos de la opinión pública de los siglos XIX-XX. Improvement es una palabra clave para comprender el clima cultural de la Inglaterra victoriana y Samuel Smiles con su *Self-help* (1859) venderá, sólo en Gran Bretaña, más de doscientas cincuenta mil copias.⁴⁹ Y sin embargo, como se ha visto en los capítulos anteriores, desigualdades y barreras sociales son numerosas en las sociedades contemporáneas. Y si, siguiendo los veloces ritmos del mundo contemporáneo, ciertas jerarquías parecen más móviles de cuanto lo fueran en el Antiguo Régimen, queda el hecho de que los sistemas de los siglos XIX-XX no carecen de verdaderos aislamientos sociales.

Las élites consiguen con frecuencia mantener cerrados los canales de acceso a sus rangos. Por regla, en los niveles altos de la jerarquía social, el autoreclutamiento es muy rígido. Incluso la aristocracia inglesa, que goza de la rama de estar entre las más dispuestas a acoger las oportunidades económicas del «nuevo mundo,» es muy exclusiva: sólo en los años ochenta del siglo XIX entrarán, entre los Pares, exponentes de los grupos empresariales, grandes mercaderes, financieros, siderúrgicos, textiles y los cerveceros, como Guinness, que harán decir con ironía que el *peerage* se había convertido en un *beerage*... El autoreclutamiento es igualmente usual entre la élite económica continental: en la Alemania de la primera mitad del siglo xx, proceden en más de dos tercios de familias de empresarios⁵⁰ Por otra parte, las élites permanecen siendo exclusivas no sólo respecto fuera de la middle class, sino también en sus tradicionales jerarquías internas. En el Segundo Reich alemán, «gran burguesía y nobleza iban por dos caminos separados», a pesar de que los historiadores han creído que se trataba de grupos con una tendencia a amalgamarse en una única clase feudal-capitalista. «Investigaciones realizadas sobre el período inmediatamente precedente a la Primera Guerra Mundial – destaca Harlmut Kaelble- muestran que sólo pocos ricos empresarios contrajeron matrimonio dentro de la aristocracia, si bien la mayor parte de ellos provenía de familias ya muy ricas y representaba un estupendo partido para la aristocracia, incluso en época de juventud» y que sólo un 10 % de los hijos de la élite burguesa multimillonaria «optaba por una actividad que entonces estaba considerada de tipo nobiliario: latifundista, diplomático u oficial; la gran mayoría seguía el modelo burgués y se convertía en empresario».⁵¹

Con más razón, son difícilmente franqueables unas barreras sociales que marcan la frontera de las clases sociales. Piénsese en el contraste existente entre el área de las ocupaciones manuales y las no manuales. En Birmingham, a final de siglo, los obreros se casan generalmente con mujeres del mismo barrio o de la misma calle (sus contactos con gente que viva lejos de su lugar de nacimiento son raros), mientras que los empleados encuentran mujer en un área mucho más vasta, a menudo en otros barrios o fuera de la ciudad⁵²: el control del territorio es bastante distinto de una clase a otra. En la Alemania guillermina, sólo el 11 % de los hijos de los trabajadores manuales alcanza una condición pequeño-burguesa, mientras que, de ellos, ninguno llega a los rangos de la verdadera burguesía: por tanto, la gran mayoría (89 %) mantiene el status que tenía en el momento de su nacimiento. Simétricamente, la pequeña burguesía alemana puede conservar una sustancial exclusividad: sólo el 18 % de sus componentes es de extracción obrera⁵³ La mayor apertura de la sociedad victoriana se demostraría en cambio con el hecho de que las aristocracias inglesas mantienen relaciones sociales e intercambios matrimoniales con los niveles bajos del milieu de los empleados.⁵⁴ Pero se trata siempre de relaciones poco extendidas y que tienden a disminuir con el transcurso del tiempo: en la época eduardina, el aislamiento de la clase obrera respecto a los sectores de trabajo no manual parece más evidente que cincuenta años antes. Entre finales del siglo XIX y principios del XX, las clases trabajadoras inglesas se hacen más homogéneas sociológica y culturalmente, más compactas sindical y políticamente. Surge un específico standard de obrero, un estilo de vida que va más allá de las diferencias profesionales y locales, y que consiste en el fin de semana festivo, los barrios de residencia exclusivamente obrera, las tiendas que venden comida preparada y económica (fish-and-chips), el descubrimiento de los consumos de masa (calzado y ropa, carne congelada, té y fruta exótica) y las

compras a plazos, las vacaciones en la playa y la pasión por el equipo local de fútbol, el uso de la prensa cotidiana popular. Y claro, en la *Union*, el sindicato, y en el *Labour*, el partido. Pero todo esto refleja y subraya la existencia de un modelo socio-cultural y político separado del resto de la sociedad.

Lo que más afecta es la segregación del mundo del trabajador manual británico. Los obreros eran segregados en el terreno de las ambiciones [...]. Los trabajadores eran definidos, cada vez más, como los que no tenían instrucción o no se servían de ella; y el contraste entre el que abandonaba la escuela y el que permanecía en ella, o entre quien encontraba trabajo gracias a la educación escolar y para quienes ésta era irrelevante [...] avivó la diferencia que se apreciaba entre trabajadores manuales y no manuales.⁵⁵

Además, los caminos de ascensión social, cuando no son una fantasía ideológica, son de todos modos mediocres. Por ejemplo, los que consiguen pasar de la clase obrera a oficios no manuales lo hacen casi siempre en los niveles más bajos del mundo de los empleados. Hacia 1900, una gran parte de los cuellos blanco londinenses es de extracción obrera, pero se trata de empleados con funciones y rentas entre las más modestas: a menudo son de extracción obrera los trabajadores de los ferrocarriles (50 %), mucho menos los agentes de seguros (22 %) y los periodistas (13 %), raramente los bien pagados y prestigiosos empleados de banco (7 %). Más que pasos de una a otra de las clases marxistas, del proletariado a la burguesía, son desplazamientos en el interior de una zona de frontera, situada entre ellas: el lugar ocupado, por un lado, por la pequeña burguesía autónoma o dependiente y, por otro, por los sectores altos de la clase obrera.

La mayor parte de la movilidad, al tener un radio bastante limitado, comporta un movimiento hacia el interior y hacia el exterior de esta zona, más que un movimiento de las clases hacia el exterior de las extremidades. Esta es una razón importante que explica por qué generalmente la movilidad no da origen a problemas de adaptación muy acusados. Los modelos de comportamiento y el simbolismo social de la clase obrera «respetable» no deberían ser de particular molestia o extraños para un miembro típico de la clase media inferior [...]. Parece probable que gran parte de la que se considera movilidad social consista simplemente en fluctuaciones marginales de clase de los miembros de las mismas familias, de una generación a otra.⁵⁶

Es en esta área social media, en la intersección entre las dos clases marxistas, donde se producen los principales (aunque reducidos) procesos de movilidad, se atenúa el conflicto social, se amalgaman las culturas y las formas de vida o, por el contrario, se erigen barreras y trincheras de tipo ideológico. Aquí, los sistemas político-sociales del Occidente contemporáneo parecen encontrar importantes motivos de desestabilización. No es una casualidad que el peso político de los grupos que pertenecen a él suela ser mayor de lo que se podría pensar por su función de mercado o por su nivel organizativo. Por otro lado tampoco se explica la atención que los gobernantes, políticos, científicos sociales dedican, entre finales del siglo XIX y principios del XX a las extenuadas «aristocracias obreras», a la descompuesta lower-middle class de los empleados, a la miríada de detallistas, a las hundidas pequeñas empresas artesanas.

El esquema que atribuye un grado proporcional de movilidad social a la intensidad del desarrollo económico es discutible. Los procesos de movilidad, como demuestra perfectamente el caso alemán, no están necesariamente estimulados por el crecimiento económico o, en cualquier caso, no son contemporáneos a él. La sociedad guillermina, que también vive una intensa industrialización, se muestra relativamente inmóvil y segmentada: en Bochum, un centro minero del Rhur, en los veinte años que van de 1880 a 1900, el 80% de los obreros simples o semiespecializados y el 60 % de los obreros cualificados no obtendrán ninguna mejoría en su condición.⁵⁷

Pero el optimismo implícito a una relación desarrollo-movilidad se desmiente mediante otra consideración. Los procesos de movilidad son bidireccionales. Existe tanto una movilidad ascendente como una movilidad descendente. En Bochum, casi la mitad de los hijos de los trabajadores no manuales tienen que contentarse con ocupaciones manuales.⁵⁸ En los primeros quince años del siglo XX, más del 40 % de la pequeña burguesía alemana desciende a una clase inferior respecto al status social de sus familias de origen.⁵⁹ No sólo son los sectores de los empleados y el Mittelstand los que experimentan el fenómeno del declive social. Muchos hijos de obreros especializados no consiguen conservar el nivel de cualificación de los padres y desempeñan tareas más bajas (y menos retribuidas): en Bochum son más del 30 %. El

fenómeno. destacable en el plano político y cultural además de en el sociológico, se prolongará hasta la segunda mitad del siglo XX. «Muchas sociedades industriales – nota Frank Parkin en 1971- están detectando tener porcentajes de movilidad descendiente más altos que los de movilidad ascendente. En Gran Bretaña, por ejemplo. más del 40 % de los nacidos en la clase no manual caerá seguramente en la clase de los trabajadores manuales.»⁶⁰

Por tanto, las contemporáneas no son sólo «sociedades de frontera», que viven en el mito realizado de la ascensión social, del progreso y del self-help: inestabilidad, inseguridad, miedo, son fenómenos colectivos también plausibles, los cuales llevan el argumento al tema de partida a cerca de la tensión social y el conflicto.

Hay que recordar, finalmente, que el problema histórico de la conflictividad/estabilidad del Occidente contemporáneo no puede prescindir de la consideración de los factores y los procesos de tipo político-institucional: la formación o la modernización de los Estados nacionales, la organización de nuevas relaciones entre el centro político y las periferias, la *nacionalización de las masas*, el surgimiento de la moderna *forma de partido* y de los sistemas de representación liberales. Es dentro de un marco político-institucional así donde se sitúan tanto los conflictos sociales como las capacidades de control y estabilización de los poderes constituidos. La modificación del repertorio de la protesta popular, que Tilly sitúa entre finales de la edad moderna y principios de la época contemporánea, se explica también con el hecho de que los Estados occidentales se van dotando, en el siglo XIX, de nuevos instrumentos para reprimir a los que - individuos y grupos - tengan comportamientos ilegales o socialmente peligrosos. Gracias a policías, jueces y subsidios estatales, las sociedades contemporáneas irán eliminando las masas de mendigos que las atravesaban en el Antiguo Régimen. Mientras tanto, otras transformaciones aprobadas por el poder estatal (la burocratización de las relaciones públicas, la difusión de los derechos políticos, la escolarización a gran escala, etc.) acaban por homogeneizar los comportamientos si bien esto no implica necesariamente la reducción de los desniveles socioeconómicos.

Al problema histórico de la política y del Estado -una dimensión conceptual y analítica que permite hilvanar algunas de las temáticas afrontadas en este libro- está dedicado el próximo capítulo.

Notas

1. Citado en E. J. Hobsbawm, *Il trionfo della borghesia: 1849-1875*, cit., p.11.
2. C. Tilly. *La Francia in rivolta* (trad. it.), Nápoles, Guida, 1990. p. 516.
3. Citado en S. Marcus, Engels, *Manchester e la classe lavoratrice* (trad. it.), Turín, Einaudi, 1980, p. 47.
4. M. J. Wiener, *Il progresso senza ali. La cultura inglese e il declino dello spirito industriale: 1850-1980* (trad. it.), Bolonia, Il Mulino, 1985, p. 99.
5. *Ibidem* p. 100.
6. Citado en E. P. Thompson, *Società Patrizia, cultura plebea. Otto saggi di antropologia storica sull'Inghilterra del Settecento* (trad. it.), Turín, Einaudi, 1981 ,p.193.
7. *Ibidem*, p. 298.
8. J. Chesneaux, *L'Asia Orientale nell'età dell'imperialismo. Cina, Giappone, India e Sud-est asiatico nei secoli XIX e XX* (trad. it.), Turín, Einaudi, 1969, p. 90.
9. E. J. Hobsbawm, *I banditi. Il banditismo sociale nell'età moderna* (trad. it.), Turín, Einaudi, 1974, p.11.
10. L. Chevalier, *Classi lavoratrici e classi pericolose. Parigi nella rivoluzione industriale* (trad. it.), Bari, Laterza, 1976, p. 4.
11. *Ibidem*, p.68.
12. Citado en L. Chevalier, *Classi lavoratrici e classi pericolose* , cit., p. 87.
13. Citado en G. Stedman Jones, *Londra nell'età vittoriana* (trad. it.), Bari, De Donato, 1980, p. 215.
14. *Ibidem*, p. 74.
15. También la teoría social de inspiración marxista es, sin embargo, sensible a los ideales de progreso y racionalidad del siglo XIX, distinguiendo en el proletariado, en sus luchas y en su organización política los instrumentos para cambiar el orden existente -una vez que este orden (burgués) haya cumplido su función histórica -y para instaurar una sociedad libre del conflicto de clase.
16. Citado en M. Olson, *La lógica dell'azione collettiva. I beni pubblici e la teoria dei gruppi* (trad. it.), Milán, Feltrinelli, 1983, p. 30.
17. Citado en A. Mucchi Faina, *L'abbraccio della folla, Cento Anni di psicologia collettiva*, Bolonia, Il Mulino, 1985. p. B9.
18. *Ibidem*, p.78.
19. *Ibidem* p. 168.

20. M. Olson, La logica dell'azione collettiva. cit., p. 14.
21. J. L. Cohen. «Strategia o identità: nuovi paradigmi teorici e movimenti sociali contemporanei», en AA.VV. I nuovi movimenti sociali. Milán, Angeli, p. 39.
22. E. J. Hobsbawm, Lavoro, cultura e mentalità nella società industriale (trad. it.), Bari. Laterza, 1986, pp. 4-9.
23. R. Cobb, Polizia e popolo. La protesta popolare in Francia: 1789-1820 (trad. it.). Bologna, Il Mulino, 1976. p. 18.
24. Citado en E. Grendi, Le origini del movimento operaio inglese: 1815-1848, Bari. Laterza, 1973. p. 122.
25. E. J. Hobsbawm, Studi di storia del movimento operaio (trad. it.), Turín, Einaudi. 1972. p. 154.
26. L. Chevalier, Classi lavoratrici e classi pericolose, cit., p. 534.
27. Ibidem, p. 546.
28. Ibidem. p. 560.
29. Citado en E. J. Hobsbawm, Studi di storia del movimento operaio. cit.. p.16
30. Citado en E. P. Thompson, Società patrizia, cit.. p.18.
31. Ibidem. p. 59.
32. E. P. Thompson. Rivoluzione industriale e classe operaio, in Inghilterra (trad. it.), Milán, Il Saggiatore, 1969, vol. II, p. 108.
33. E. J. Hobsbawm, Studi di storia del movimento operaio, cit.. p. 16.
34. Son palabras del correspondiente de Nottingham del *Leeds Mercury*, Citadas en E. P. Thompson, Rivoluzione industriale e classe operaio, in Inghilterra (trad. it.), 1969, vol. II, p. 108.
35. Ibidem. p. 107.
36. Citado en E. J. Hobsbawm, Studi di storia del movimento operaio, cit., p.23.
37. N. J. Smelser. Il mutamento sociale nella rivoluzione industriale (trad. it.), Milán, Etas Libri, 197B. p. 7.
38. A. Briggs. Chartist Studies, Londres, St. Martin, 1954, citado en E. Grendi, Le origini del movimento operaio inglese, cit.. p. 185.
39. B. Moore, Jr., Le basi sociali dell'obbedienza e della rivolta (trad. it.). Milán, Comunita, 1983. p. 36.
40. Ibidem
41. E. P. Thompson, Società Patrizia. cit., p. 59.
42. Ibidem, p. 60. La cursiva es mía
43. Citado en la "Introduzione" de S. Lombardini a C. Tilly. La Vandea (trad. it.), Turín, Rosenberg & Sellier. 1976, p. XIII.
44. C. Tilly, La Francia in rivolta, cit.. p. 526.
45. F. Parkin, Diseguaglianza di classe e ordinamento politico (trad. it.). Turín. Einaudi. 1976. p. 47.
46. Citado en E. J., Hobsbawm, Studi di storia del movimento operaio., cit., pp.353-354.
47. R. Dahrendorf, Classi e conflitto di classe nella società industriale (trad. it.), Bari. Laterza, 1974, pp. 101-104.
48. . H. MacLeod, "White Collar Values and the Role of Religion., en G. Crossick (ed.), The Lower Middle Class in Britain: 1870-1914, Londres, Croom Helm, 1977, p. 84.
49. Cfr. A. Briggs. L' Inghilterra vittoriana (trad. it.). Roma, Editori Riuniti, 1978, p. 123.
50. H. Kaelble, "Social Mobility in Germany; 1900-1960" Journal of Modern History, 50 (1978) n.3.
51. H. Kaelble, "Borghesia francese e borghesia tedesca: 1870-1914", en ,J. Kocka (ed.) Borghesia europea dell'Ottocento,(trad. it.), Venecia, Marsilio, 1989, p.139.
52. 11. MacLeod, White Collar Values and the Role of Religion., en G. Crossick (ed.). The Lower Middle Class in Britain: 1870-1914, cit.. p. 85,
53. H. Kaelble, Social Mobility in Germany; 1900-1960, Journal of Modern History, 50 (1978), n. 3.
54. Cfr. supra, cap. VII, apartado 4.2. .
55. E. J. Hobsbawm, Lavoro, cultura e mentalità nella società industriale, cit.. pp. 209-211.
56. F. Parkin, Diseguaglianza di classe e ordinamento politico cit.. p. 57.
57. D. Crew. -Definitions of Modernity; Social Mobility in a German Town.1880-1901, Journal of Social History, 7 (1973).
58. Ibidem .
59. H. Kaelble, "Social Mobility in Germany; 1900-1960" Journal of Modern History, 50 (1978),n 3.
60. F. Parkin, Diseguaglianza di classe e ordinamento politico, cit. p. 53.